

Faster

—
~ una novela de ~

EDUARDO BERTI

—
IMPEDIMENTA

FASTER

(MÁS RÁPIDO)



EDUARDO BERTI



IMPEDIMENTA

Edición en ebook: enero de 2019

Copyright © Eduardo Berti
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019
Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

El autor quiere agradecer al CNL (Centre National du Livre)
de Francia por toda la ayuda que ha recibido para escribir este libro.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-12-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Una excepcional muestra de la autoficción más provocadora, llena de sensibilidad y añoranza, con los Beatles y con las ruedas de los coches de F1 de fondo.

«Eduardo Berti es uno de los novelistas más originales y más dotados de todos cuantos hoy escriben en español.»

Alberto Manguel, El País

«Un escritor inclasificable, es decir, precioso.»

Frédéric Vitoux, Le Nouvel Observateur

he's the master of going faster
g. h.
(*y tiene apuro y a la vez paciencia*
c. g.)

A M.F.B.
A Pipo Lernoud
A Mariel y a Ulises
A «Cocho» y a los lectores de Sporting

1.

Cuando se trata de alcanzar a alguno o llegar a tiempo decimos: no hay que apresurarse, basta acelerar al paso lo preciso para conseguir el fin; pero sin apuro, sin temor de que nos falte tiempo. Apresurar es el exceso de acelerar.

2.

La velocidad exprime genéricamente el movimiento pronto o acelerado de un cuerpo; pero la rapidez parece que añade más energía a la idea, más ímpetu al movimiento, representando al mismo tiempo el esfuerzo violento con que el cuerpo corre y con que corta o separa cualquier dificultad o resistencia que puede oponérsele.

Diccionario de sinónimos castellanos, por el General de Brigada D. J. G. de la Cortina, México, 1845

LLEVO DIEZ DÍAS VIENDO VIEJAS, muy viejas filmaciones de Juan Manuel Fangio y la sensación es rara. Lo que tendría que inspirar en primer plano éxito, euforia, invencibilidad, despierta en mí una triste mezcla de nostalgia y fragilidad. Las hazañas del gran campeón me resultan a duras penas, aunque no quiero que ocurra y lucho en vano contra eso, una especie de milagro de supervivencia. Él aparece allí aclamado, entre copas y laureles, con su sonrisa al borde de lo incómodo, con ese aspecto de aviador de la Primera Guerra Mundial que ha liberado a su pueblo de la peor amenaza, y todo eso, toda esa gloria en blanco y negro, me conduce principalmente al recóndito e insólito recuerdo de cierto día feriado de 1979, tal vez un 12 de octubre, «Día de la Raza» como decíamos ayer, si no fue un 11 de septiembre, «Día del Maestro», con mayor probabilidad, un día lluvioso, eso sí, en el que conocí a Fangio y pasé casi una hora charlando en privado con él, aunque el verbo es pretencioso, lo confieso, porque pasé un rato, en verdad, escuchándolo con una sensación que hoy vuelvo a hallar solo a medias en las viejas filmaciones: el encendido entusiasmo, la rendida admiración ante esas hazañas que tienen ingredientes sobrehumanos, pero que ahora se mezclan con el viento fastidioso de la peor melancolía.

RECUERDO ESA LEJANA TARDE DE 1979 y lo insólito da paso a lo normal en cuanto analizo la escena. En el fondo, razono, Fangio casi dedicó su vida a desmentir a ese héroe al borde de lo fabuloso; sin embargo, su modestia, su simpatía y su timidez no hacían, vaya paradoja, más que agigantar el mito. La mezcla era tan perfecta (nervios de acero y corazón de oro, habría postulado un autor de historietas de aventuras) que parecía indestructible. Pero nada, ni Fangio ni los semidioses de las máximas proezas, nada está a salvo de la impiadosa velocidad del tiempo. Del más cruel anacronismo. Del fantasma de la evocación errónea, que puede ser mucho más rudo que el olvido.

NO RECUERDO SI LLOVÍA cuando salí de mi casa. No recuerdo si había previsto que ese día —feriado escolar— iría a la casa donde mi amigo Fernán vivía con su hermana y sus padres o si, como es habitual cuando se tienen catorce años, simplemente desperté y obedecí al impulso de visitarlo. Recuerdo que tomé un tren en la estación Vicente López rumbo a la estación Lisandro de la Torre y que, cuando llegué a su casa, eran las once o las doce como mucho, porque almorzamos los dos y después jugamos un rato o vimos televisión. Mi amigo Fernán vivía en la lujosa avenida del Libertador, casi esquina con Federico Lacroze. Yo acababa de dejar la escuela privada bilingüe donde lo había conocido y la había reemplazado por una buena escuela estatal donde me sentía feliz porque era mixta en múltiples sentidos (no limitada a varones de una misma esfera social), pero extrañaba a mis antiguos compañeros, en especial a Fernán. Era curioso: él nunca había sido realmente mi compañero de clase. La escuela privada bilingüe tenía una clase A y una B, división nada azarosa, ya que la A congregaba a los descendientes de ingleses o a los que hablaban un inglés de indiscutible calidad, mientras que la B nucleaba a los demás: nucleaba al «resto del mundo». Como Fernán había nacido en los Estados Unidos y había vivido un tiempo allí, entre Boston y Nueva York, su inglés era muy digno de la clase A, donde lo metieron en cuanto puso los pies en la escuela: no al principio, en primer grado, sino cuando teníamos él y yo once años cumplidos. En 1976. Promediando la primaria.

YO, QUE ERA UN B, tenía dos amigos en la clase A y uno de ellos (un tal Lucas, hubiese dicho Cortázar) me contó cierta mañana que había llegado un alumno que le hacía pensar en mí. Un nuevo compañero, bromeó, «importado de Norteamérica». Era Fernán, obviamente, y yo tenía que conocerlo: imposible que no nos entendiéramos él y yo a la perfección. Esas palabras bastaron para activar mi interés, pero también activaron mi recelo. ¿Y si Lucas se equivocaba? ¿Qué rasgos del tal Fernán, el «importado», le hacían pensar en mí? ¿Y si esos rasgos no eran de mi gusto? Por esas razones, creo, eludí un poco a Fernán hasta que el azar, si determinamos que el azar existe, nos forzó a sentarnos juntos en un largo viaje en bus, en una de esas excursiones que debíamos compartir la clase A y la clase B casi como un experimento sociológico. Esa mañana, apenas me senté a su lado, Fernán me preguntó sin levantar la vista, como si retomásemos una conversación añeja y no estuviéramos charlando él y yo por primera vez, si me gustaban los Beatles y cuál de los cuatro era mi favorito. Nunca supe responder a esa pregunta, tal vez porque se responde solamente con matices. ¿Mi favorito dentro de los estudios de grabación? Más bien Paul. ¿Mi favorito como personaje mordaz y gracioso, como espléndido antihéroe? Más bien Ringo. ¿Mi favorito en el centro del escenario, como vocero ideológico, como guardián del grito y del inconformismo? Más bien John. Pero mi claro favorito como exbeatle, porque tuvo a mi entender la mejor carrera solista, porque fue quien mejor creció después de la separación (dado que el grupo, aventuro, le había impedido crecer), siempre fue George: mi favorito como talento discreto y elegante, mi reverenciado *dark horse*.

RECUERDO MUY BIEN MI REACCIÓN cuando Fernán me anunció que su favorito era George. Recuerdo que lo miré como si lo viese por primera vez, como si antes él no hubiese estado allí, y reconocí algo propio en el brillo de sus ojos. Hablamos horas en el bus o eso me pareció a mí, ya que el viaje, calculo, no duró tanto. Hablamos, si no me engaño, de lo asombroso de «Something», a los dos nos conmovía esa canción, y empezamos a sellar una amistad que nos condujo, meses después, unos cuantos meses después, a fundar una revista subterránea. Revista *subte*, como decíamos ayer. Hubo un tercer amigo, el Bujía, en esa aventura con sabor a prohibido como todo lo subterráneo. Y, por más de una razón, no fundamos una revista consagrada a los Beatles —que Fernán contraponía a los grupos malos: los *beatless*—, mucho menos una revista consagrada a los escritores que a los tres nos entusiasmaban, Ray Bradbury o Julio Verne, por ejemplo, sino una extraña revista deportiva, extraña e inesperada porque no éramos deportistas de alma... o más bien sí y allá se encontraba la clave: éramos deportistas de alma o aun deportistas de mente, pero en ningún caso de cuerpo; nuestro lazo con el deporte era el que los sordos tienen con la música, un lazo abstracto, platónico, lo que en nosotros, en los tres, pero más en Fernán y en mí, desembocaba en una idealización de aquello que éramos incapaces de hacer y que otros, en cambio, cumplían con pasmosa facilidad.

FUNDAMOS LA REVISTA después del Mundial 78, cuando el deporte ocupaba un espacio monstruoso, anómalo, en los medios del país, en la noción de país y en las charlas cotidianas de la gente. La nuestra era, desde luego, una revista artesanal cuyos lectores se contaban con los dedos de las manos, si bien de a poco pasamos de imprimir treinta ejemplares, que había que hojear con cuidado o se hacían cuatro pedazos, a imprimir una centena. Nuestros padres nos hacían fotocopias de contrabando en sus respectivos trabajos. Esas fotocopias luego las doblábamos en dos, las encastrábamos una dentro de otra en un orden preestablecido, aunque fácil de confundir, y las sometíamos a una encuadernación primitiva. Era bastante gracioso porque mi padre y el padre de Fernán nos decían, a grandes rasgos, casi las mismas palabras: nos decían que, con esas fotocopias que cada vez eran más porque el tiraje de la revista aumentaba, los poníamos en aprietos, al filo de lo ilícito; no obstante, meses después, dado que la revista era bimestral o a menudo trimestral, volvían a hacer las fotocopias necesarias y hasta vendían ejemplares, para nuestro regocijo, entre sus compañeros y entre sus clientes.

AUNQUE LA REVISTA buscaba y conseguía, mal que bien, la variedad pasando del boxeo al tenis, de la historia a la actualidad, del ámbito local al internacional, nunca habíamos publicado una entrevista a lo que podríamos llamar una gloria deportiva ni ninguna entrevista de ninguna clase. Una especie de timidez o una especie de inmadurez nos había mantenido al margen de ese género. Por eso mismo, esa tarde, ese lejano día feriado de 1979, cuando Fernán me sugirió «¿Y si entrevistamos a Fangio?», me pareció que detrás de la osadía de su propuesta había una notable cordura. Hoy algo me alienta a pensar que Fernán había madurado ese plan en soledad, si es que no lo había evaluado con su madre o con su hermana. En cualquier caso, recuerdo que, no bien le contesté que era inviable acceder a un personaje legendario como Fangio, él corrió en busca de la guía telefónica, del tomo entonces conocido como Páginas Amarillas, y con una mueca triunfal abrió una página exacta donde podía leerse «Fangio Automotores», luego una leyenda del tipo «Concesionaria Oficial de Mercedes-Benz Argentina» y, abajo, en letras pequeñas, la dirección y el número de teléfono. Llamemos, dijo como si conociera mejor que yo, mucho mejor, lo que los dos éramos capaces de hacer. Llamemos, repetí. Y llamamos.

¿QUÉ MUNDO ERA AQUEL, me pregunto, en el que el máximo deportista del siglo, así lo definían algunos sin temor a la hipérbole, iba de lunes a viernes, incluso los días feriados, a sentarse en el despacho de una agencia automotora? Tal vez era el mundo de siempre, el mismo mundo imperfecto, injusto y arbitrario de hoy. Tal vez era el mundo de siempre y la excepción era Fangio, que se negaba a imaginar otra vida de excampeón, si es que los campeones como él dejan de pronto de serlo. Tal vez era un mundo donde los mejores deportistas se retiraban con su gloria y su futuro asegurados, pero no tan millonarios como hoy; un mundo donde los más descollantes excampeones abrían un comercio o fundaban una empresa cuya marca solía incluir, por conveniencia mercantil, su apellido prestigioso. Así y todo, hay cosas que me niego a aceptar o que no alcanzo a entender. La agencia de coches de Fangio, del «Chueco», como lo apodaban los amantes de los defectos, del «Quíntuple», como decían los amantes de las virtudes, la agencia no se encontraba en el centro de la ciudad, en una calle importante, en una ancha avenida, a la vista de todo el mundo. La automotora alemana, a la que Fangio había hecho ganar tantas veces tantas copas, no exhibía a su máximo astro como si fuese un trofeo. La agencia quedaba algo lejos, bastante a trasmano de todo, a unas cuadras del Riachuelo donde moría la ciudad, tímidamente al resguardo de las luces.

DESDE LUEGO, NO FUE FANGIO quien atendió la llamada. Nos atendió alguien que, si no me falla mucho la memoria, dijo ser su secretario. Le explicamos con nuestras cándidas voces, le explicó en verdad Fernán porque hizo él la llamada, que teníamos catorce años y una modesta revista. Le explicamos que deseábamos entrevistar a Fangio. «Un momento —nos suplicó el secretario, o sea, le suplicó a Fernán mientras yo intentaba leer en la cara de mi amigo lo que ocurría al otro lado de la línea—. Un momento. No me corten. —Un silencio. Una pausa más bien breve. Y la misma voz pronunció—: El señor Fangio los espera hoy a las cinco. ¿Pueden venir?»

COMO NO COMPARTÍAMOS CLASE, porque él era un A y yo un B, empezamos a buscarnos con Fernán en los recreos, en el patio o al final, a la salida de la escuela. Nos saludábamos siempre echando mano a alguna letra de los Beatles, letras de canciones de George principalmente, aun de su etapa solista, como los agentes secretos de esos años de la Guerra Fría que, tanto en las películas que los retrataban en serio como en las que se burlaban de ellos parodiándolos, canjeaban frases extrañas, claves secretas, a modo de contraseña. Nuestra clave era musical: uno decía «you're asking me will my love grow», el otro respondía «I don't know», dos veces, claro, «I don't know», y nos reíamos como si eso fuera un invento genial, salvo que a menudo Fernán me ponía a prueba con canciones más ignotas (y ponía a prueba mi inglés, no tan firme como el suyo) y no estaba mal, por cierto, eso me obligaba a estudiar, a revisar el idioma y a revisar canciones puntuales de George, como «If I Needed Someone», cuya letra me resultaba ahora más interesante, o como «Beware of Darkness», cuyo mensaje excedía entonces mi sencilla comprensión. Existía una paradoja interesante, pienso hoy, en esos primeros pasos solistas de George: el menor de los cuatro Beatles, el más pequeño de todos, concebía allí un arte adulto, una música que parece escrita hace un par de horas y no es la banda sonora de una especie de juventud eterna.

NO RECUERDO CON DETALLE cómo fuimos hasta la agencia de Fangio. Recuerdo que llovía mucho y que después de consultar en una guía callejera qué transporte nos llevaba, tomamos dos colectivos. No recuerdo dónde debíamos bajarnos del primero, del colectivo 60; no recuerdo el número del segundo colectivo. Debimos, sí, esperar mucho después de bajar del 60. Llovía cada vez más y, apretujado contra el pecho bajo su abrigo de lluvia, Fernán guarecía un bolsito con la cámara de fotos, con el grabador portátil y con los cassettes tdk, mientras yo consultaba el reloj y me empezaba a inquietar. El suelo estaba ese día sumamente resbaladizo. La lluvia parecía más densa y voraz que lo acostumbrado y una mujer algo mayor, a una decena de metros, tropezó, resbaló, volvió a tropezar, dio varios pasos en falso y se desplomó, de golpe, con la cara contra el asfalto mojado, si es que no había empedrado. Todo eso duró segundos, pero se nos hizo eterno: la mujer tratando de no perder pie, moviendo en vano los brazos; la caída y, como un monstruo aparecido de la nada, el coche avanzando hacia ella; los bocinazos, los gritos, el coche intentando frenar, haciendo luces como un barco; la mujer golpeada y creo que desmayada. Fue una especie de prodigio que el coche se detuviera y eso fue lo último que atisbé con alguna claridad mientras llegaba el segundo colectivo. Eso y un hombre que se agachó ante la mujer, supongo, para ver si respiraba, si estaba muy lastimada, si podía levantarse.

A PESAR DE LOS PELIGROS (la mujer acababa de recordarnos que las calles podían ser trampas mortales), había un sabor exultante en esos primeros viajes a solas por la ciudad, lejos del control paterno, fuera de los recorridos habituales, una sensación de riesgo y aventura que jamás se repitió en mí. Barrios pobres, calles llenas de basura, edificios más o menos descuidados, fachadas ennegrecidas, hombres sentados o tristemente de pie en los duros escalones: el paisaje parecía salido de alguna novela. Duele decir que descubría otra ciudad o la cruda contracara de la misma y, al hacerlo, descubría lo fragmentada y parcial que eran mi idea del mundo y mi experiencia de vida. Pero a la vez descubría que todo estaba, como creíamos entonces no solo Fernán y yo, sino todos o casi todos los que tenían nuestra edad, todo estaba allí al alcance de las manos: el segundo colectivo tras la cortina de lluvia, el secretario de Fangio, la mujer caída en la calle como una lánguida heroína y hasta el mismísimo Fangio, que nos había dado cita en su agencia automotora. El mundo entero al alcance, en la punta de los dedos.

¿HAY ALGO QUE NUNCA le hayan preguntado, en tantos años de tantas entrevistas? En realidad, creo que me han preguntado todo. Siempre queda una anécdota o algo parecido, pero creo que ya me han preguntado todo.

HASTA LA SÚBITA APARICIÓN de Fernán, llovido como un meteorito, un meteorito importado, mi mejor amigo había sido el tal Lucas, menos por elección que por practicidad: Lucas no solo iba a mi escuela, sino que vivía además a la vuelta de la esquina. No éramos compañeros de aula o, mejor dicho, lo éramos y no lo éramos de a ratos porque, siendo su padre no inglés y su madre hija de ingleses, las eximias autoridades de la escuela parecían no resolver si él debía ser un A o un B y Lucas iba y venía de una clase a otra, sin pausa, como un tipo inclasificable. A la postre, sin que fuese el objetivo de esa rara situación que ningún otro alumno vivía, Lucas se fue convirtiendo en un pequeño doble agente que conocía como nadie esos dos mundos en teoría separados: el genuinamente anglófono y el otro, el advenedizo. Por supuesto, nuestra amistad se volvía más sólida no bien él anidaba en la clase B, pero la madre de Lucas era amiga de mi madre y esto era de enorme ayuda. De excesiva ayuda, incluso, porque pronto pasé a estimarlo, antes que como amigo propio, como hijo de una amiga de mi madre.

HUBO, NO LO DUDO, un momento decisivo cuando visité por primera vez la casa de Fernán. Me condujo a su habitación con cierta urgencia, del brazo. Cerró solo a medias la puerta. Me mostró al fin su colección de revistas y de discos (desde el primer día, en el bus, había prometido hacerlo y yo contaba las horas) y de pronto, como quien suelta un secreto, proclamó que él se resistía a escuchar música «de fondo». Él ponía música «de frente» o no ponía nada de nada, dijo y luego me inició en su ceremonia: encendió el tocadiscos Soundmaster, que lo era todo para él, se arrodilló con lentitud, no apoyando las rodillas en el suelo al mismo tiempo, y cerró los ojos mientras vibraba la música. Yo hacía cosas parecidas, pero no se lo conté.

LLEVO UNOS CUANTOS DÍAS viendo viejas carreras de Fangio, imágenes algo grises como la espesura gris del asfalto de las pistas. Llevo días como hipnotizado, en busca de un detalle nimio, de un gesto que explique de manera tajante sus virtudes. Las imágenes no ayudan a hacerse una idea concreta. No es Fangio subido al coche, bien aferrado al volante (diría más, al mundo entero) con sus manos falsamente diminutas, quien revela alguna clave, sino Fangio casco en mano, al pie del coche, apocado, incluso dubitativo, pequeño en comparación con los restantes pilotos, más gordos o más altos o más musculosos. Hay algo, me digo, en su actitud corporal que lo vuelve más ligero; hay una calma, una lentitud sublime en esa calma, que lo vuelve más ligero; hay una seguridad en su forma de esquivar el apuro general, el nerviosismo, las miradas ansiosas de los demás; hay un modo de refugiarse en su reserva y sus reservas que lo vuelve más ligero. Mientras los otros pilotos levantan una barrera corpulenta, descomunal contra el peligro, Fangio parece instalarse en el centro mismo del riesgo: en la aceptación más astuta y más implacable de nuestra fragilidad, con el miedo sobre su falda, el miedo que lo acompaña como un muy antiguo amigo. Fangio sugiere que ganar es más que un mero asunto de velocidad, que ser veloz es más que un mero asunto de velocidad. Que la clave reside, ante todo, en el arte de elegir los momentos de lentitud y la menor lentitud para cada uno de ellos. Como si el rol de un piloto no consistiese en saber cuánto puede pisar el acelerador, sino al revés: cuándo y cuánto es necesario y útil dejar de pisarlo. Una velocidad ideal, construida y salvaguardada por medio de reticencias, por obra de sabias desaceleraciones.

MI AMISTAD CON FERNÁN no suplió a otras. Más bien llenó un vacío que no ocupaban los demás amigos. No tardé en advertir que, al igual que a mí, a él le alegraba un pacto por el estilo: un apego digno de cómplices o de conspiradores. La revista fue inevitable porque a los cómplices, pienso, les resulta patológico anunciar su asociación, sea esta legal o ilegal. Publicamos unos veinte números de la revista a lo largo de tres años. Hubo un momento en el que nos convertimos en empresarios o, más bien, en impresores. Fue mi madre la que un día nos anunció que, en una tienda de productos para artistas, había visto un hectógrafo; es decir, un artefacto copiador que funcionaba manualmente y que, con la muy simple ayuda de un rodillo, tinta y alcohol, vomitaba cientos de copias a partir de un patrón maestro. Ya no teníamos que teclear en hojas ordinarias cada original, sino sobre un doble papel metido a presión en la máquina de escribir: encima, una hoja en blanco; abajo, una especie de carbónico-esténcil que estampaba el texto al revés en el anverso del papel. Poníamos después ese texto revertido en el rodillo del hectógrafo. Se trataba de un sistema algo primitivo quizá, pero de gran utilidad y que a veces derivaba en usos lúdicos, como cuando yo tecleaba sin usar la cinta de tinta, medio a ciegas, sin otro indicio visual que las huellas como de braille en la hoja superficialmente intacta, pero que en la cara oculta confesaba sus pensamientos secretos. El sistema no era amigo de los errores. Una letra equivocada podía enmendarse, en el frente, con esa especie de revoque o maquillaje que llamábamos entonces corrector, un barniz blanco que dejábamos secar y sobre el cual podía estamparse la palabra conveniente, pero el dorso no podía corregirse de igual manera (o, al menos, Fernán y yo no teníamos la destreza necesaria), así que en la cara oculta las dos grafías, la equivocada y la buena, acababan empastadas, enmarañadas, haciendo más ostensible cada pequeña confusión y nuestra tenacidad por acallarla.

RECUERDO VÍVIDAMENTE la mañana en que mis padres me entregaron el hectógrafo: el día de mi cumpleaños. A partir de ese episodio, Fernán empezó a venir mucho más seguido a casa. Nuestro hogar tenía un oscuro sótano —oscuro, pero no siniestro— e improvisamos ahí un simple y silencioso taller de impresión. Nos dolía la muñeca después de cuatro horas, cinco horas, dando vuelta a la manija de la máquina. Desde luego, seguíamos aprovechando las fotocopias paternas, pero de forma restringida. El hectógrafo permitía imprimir textos en color y reducir la cantidad de fotocopias. Mezclábamos las hojas impresas en casa con las que fotocopiaban nuestros padres en sus trabajos. Estas últimas servían para las fotos. Me encantaba que Fernán viniera a casa, que pasase horas conmigo, que charlásemos de mil cosas al tiempo que imprimíamos. Alguien que hubiese espiado nuestras tareas habría juzgado curioso que hablásemos más de arte (música, cine, libros o hasta historietas) que de asuntos deportivos. Es posible que el proyecto de editar nuestro fanzine fuese un torpe modo de llevar la contra, de no hacer lo mismo que el centenar de revistas *subtes* consagradas a Neruda o a Bob Dylan o a Jane Fonda o a los agudos graffiti del cada vez más remoto y mítico Mayo francés. El asunto era que, por distinguirnos de esas revistas, nos parecíamos mucho a la prensa oficial. Nunca hablamos sobre esto. Nuestro empeño estaba puesto en producir. En arriesgar y acertar, en arriesgar y fallar. Lo último, sobre todo. Nunca hablamos sobre esto, pese a que Fernán pasaba días enteros en mi casa. En la suya se asfixiaba, así le gustaba decir, aunque intuyo que no era para tanto.

COMO LLEGAMOS TEMPRANO, dimos tres o cuatro vueltas sin apuro a la manzana, hasta que fueron las cinco de la tarde. Los veinte metros finales de nuestra última vuelta, la que dimos más deprisa, se me hicieron interminables. Entonces, sí, franqueamos la entrada a la agencia. El secretario de Fangio, tras una cordial bienvenida, nos hizo esperar a un lado y en el acto apareció, sin efectos de suspenso innecesarios, el legendario campeón, con lentitud, con actitud bonachona, como evitando que eso pudiera tildarse de «aparición». Parecía feliz de vernos. En todo caso, nosotros sí que estábamos felices. Y nerviosos. En la amplia y discreta agencia, en el sector delantero, un espacio fácilmente visible desde la calle gracias a una ancha vidriera, en el sector destinado a exponer los costosos modelos en venta, entre unos doce vehículos modernos, importados de Alemania, me parece, había un antiguo, muy antiguo coche de Fórmula 1. Hoy creo recordar que era rojo o quiero recordarlo así. No soy experto en Fangio ni en Fórmula 1. Podría inventar que era el modelo W196 con el que Fangio ganó el Gran Premio de Buenos Aires en 1955 o el modelo 300SLR con el que ese mismo año salió segundo en la Mil Millas de Italia, la carrera que jamás ganó, tal vez para demostrarle al mundo entero que era humano. Sea como sea, con certeza se trataba de un Mercedes porque la discreta agencia de la calle Montes de Oca estaba especializada en esa marca y habría sido un desatino exhibir un Ferrari de 1952, un Maserati de 1957 o un Alfetta de 1951. Entre el bólido de Fangio y los coches a la venta la diferencia era enorme; incluso nosotros, neófitos y niños, llegábamos a advertirlo. La diferencia era tanta como entre el coche de Fangio y los modelos de Fórmula 1 que aquel año piloteaban Niki Lauda, Mario Andretti, Jody Scheckter, Gilles Villeneuve o el imposible sucesor argentino del regio Fangio que había sido también, vaya inconveniente, el imposible sucesor de Niki Lauda después de su gravísimo accidente: Carlos Reutemann. A pesar de que mediaban entre Fangio y Lauda veinticinco años, uno podría haber pensado que los separaba un siglo. Los Fórmula 1 de hoy son distintos, pero no tanto, de los de hace dos décadas. El coche rojo, el coche expuesto en la agencia, no importa ya su color, rojo o no rojo, era el

hombre de Neandertal de los Grand Prix. Tan anacrónico, creo, como la sobriedad de Fangio en la era de Muhammad Ali.

«CORRER ES LA VIDA. Todo lo que sucede antes o después no es más que esperar.» Lo podría haber dicho Fangio. Lo dice, cigarrillo en mano, Steve McQueen en la película *Le Mans*.

UN SÁBADO POR LA TARDE, tendría ocho o nueve años, me enteré de la existencia de los Beatles. Fue, en todo sentido, una revelación: nunca había oído hablar de ellos, nunca había oído una canción *beatle* ni nada semejante. Por entonces, mi padre tenía un velero. Así que la familia entera (entera quiere decir mis padres y yo, hijo único) pasaba el fin de semana en el pequeño club náutico donde el velero se hallaba casi todo el tiempo amarrado. A veces salíamos a dar un breve paseo por el río. Muchas veces, demasiadas, mi padre debía ocuparse de mil asuntos del barco: cuando no era barnizar, era arreglar un motón o resolver ciertos problemas con las velas y, mientras tanto, mi madre se instalaba en la cubierta y leía o ponía la radio. De esta manera, me acuerdo con claridad, una tarde, después de muchas canciones parecidas entre sí, detonó en la radio una especie de bomba. Quise saber qué era eso, mi madre me explicó que eran los Beatles, aunque ella distaba de ser experta en música pop, y a partir de ese momento, con la ayuda de mi compañero Lucas, que tenía un padre muy joven, pintón, progre y publicista, todo un fan de los Beatles y los Stones (sí, una cosa no quitaba aquí la otra), pude acercarme a los discos... y a los cassettes, porque eran tiempos de cassettes. Me maravillé con el álbum *A Hard Day's Night* y me dije que era algo imposible de superar, hasta que Lucas me dio *Help!* Me maravillé con *Help!* y me dije que era algo imposible de superar, hasta que Lucas me dio con una sonrisa *Rubber Soul*. Me maravillé de nuevo con *Rubber Soul* y me dije que era algo imposible de superar, hasta que Lucas me dio con o sin sonrisa *Revolver*. Podría seguir y seguir. Y, por cierto, es lo que hice. Pero en ningún disco volví a encontrar la canción que había oído en el velero. Unos tres años más tarde, cuando los Beatles ya no eran novedosos para mí, pero seguían asombrándome como la primera vez, Fernán me mostró su envidiable colección de rock argentino: Almendra, Los Gatos, Manal, Pescado Rabioso, Aquelarre, Color Humano... *you name it*. Mi padre no tenía más el velero. Mi madre pasaba en casa el fin de semana y leía. Fernán fue en busca de un disco y, mientras apoyaba la púa y al hacerlo apuntaba con su nariz hacia la púa, comentó: «No creo que conozcas esto». Era el tema

de los Beatles, ¡la canción que yo había oído en el velero! Aleluya. Fernán se puso a explicar que la canción se llamaba «Rompan todo» y que el grupo era uruguayo, si bien cantaba en inglés, en un inglés antojadizo: Los Shakers. En su momento, claro está, sentí una mezcla de vergüenza y confusión. Pasó más tiempo. Mucho más. Y una tarde, muy en broma, pero algo en serio también, una ilustre leyenda del rock argentino (y que había tocado en los discos que coleccionaba Fernán) me dijo, en mitad de una charla, que Los Shakers habían sido para él «casi mejores» que los Beatles. Nos reímos y yo le conté esta historia. Le conté que, en todo caso, les debía a los prodigiosos Fattoruso (los hermanos Hugo y Osvaldo, al comando de Los Shakers) mi puerta de entrada a los Beatles, así como le debo a Fangio y Fernán le debe a Fangio gran parte de nuestra entrada en el mundo del periodismo. En el reino entonces quimérico de la adultez.

MUCHAS VECES ME HE PREGUNTADO qué habría ocurrido en el caso de que ese día feriado de 1979 el secretario de Fangio hubiese dicho que no, que era imposible, que Fangio no perdía el tiempo frente a pequeñas revistas artesanales o, con mayor diplomacia, que llamásemos dentro de un par de meses. Me pregunto si una negativa, cordial o áspera, habría torcido las cosas de manera determinante. A veces pienso que no, que la mezcla de imprudencia e intrepidez que nos animó esa tarde (que esa tarde, más aún, se manifestó en nosotros) habría seguido presente. A veces pienso, al contrario, que todo empezó ese día y que les debemos a Fangio y al secretario de Fangio algo que tiene un valor incalculable. Y ahora mismo, mientras lo escribo, me pregunto si el secretario de Fangio estará vivo, rondando los ochenta años, ¿por qué no? Prefiero imaginarlo vivo. Prefiero imaginar incluso que, de no haber sido por él y de no haber sido por Fangio, no hubiésemos osado nunca tantas cosas. Sí, Fangio tuvo la culpa de que, luego de entrevistarlos en su agencia automotora, resolviéramos con Fernán ir, como dos cazadores, en busca de Mario Kempes. Sí, Fangio tuvo la culpa de que luego de entrevistarlos a ellos dos, a él y a Kempes, luego de cumplir un año con nuestra simple revista, un domingo por la tarde, a punto de terminar un partido épico por la Copa Davis que jugaban no sé si Vilas o Clerc contra el muy joven John McEnroe, faltando poco, muy poco, para que Vilas o Clerc obtuviesen con lo justo una victoria, Fernán y yo nos mirásemos de reojo y saliéramos volando al hotel Sheraton, que en esa época, creo, era el único hotel lujoso y moderno de la ciudad. No recuerdo cómo viajamos. Recuerdo, eso sí, que llegamos al hotel sin saber el resultado del partido, aventajando unos minutos a los norteamericanos, y que vimos estacionar una furgoneta blanca y bajar de allí a McEnroe vestido aún de tenista, sin cambiarse, teñido de polvo naranja hasta las cejas. Recuerdo que nos acercamos inmediatamente a él, que le pedimos en inglés británico una entrevista y que entonces, tan solo entonces, tomamos conciencia de que sus ojos estaban vidriosos, inflados de lágrimas, rojos. Llegó a decir, podría citar una por una sus palabras, podría incluso imitar el tono de su voz, nada británico, «Ay, me

encantaría, en serio, pero acabo de perder y...» y se le hizo como un nudo en la garganta y se metió en el hotel. Nunca más vi tan de cerca el rostro de un gran deportista derrotado: una especie, entiendo hoy, de aroma contrario al que nos dejó aquella tarde con Fangio.

LLEVO UNOS CUANTOS MINUTOS releiendo la vieja entrevista a Fangio. No fue sencillo encontrar el ejemplar de la revista, en el fondo de una caja en el fondo de un armario en el fondo de la casa. Tiene manchas mortecinas de algo que parece café. Huele fuerte a papel añejo, a tinta ebria por el encierro y la humedad, pero está aquí, a prueba del tiempo, milagrosa como todo recuerdo intacto. Hace años que no releo la entrevista, diferente a lo que creía mi memoria: Fangio habla con fervor de sus inicios, de los muchos problemas que debió enfrentar, de la gente que le brindó apoyo o que le prestó ayuda. Después, cuando la charla desemboca en los tiempos gloriosos, pega un golpe de volante y acelera: «No, eso es muy conocido. Quiero hablar con ustedes de los comienzos. ¿Les parece?».

FANGIO TENÍA SU DESPACHO a un costado de los coches. Era una habitación cuadrada con una gran luz en el techo, hoy diría que blanca y glacial. Era un habitáculo privado: un escritorio, unas sillas, un teléfono, unas fotos de sus hazañas pasadas, una docena de fotos colgadas sin ínfulas, un poco por obligación, quiero pensar. Era un despacho sencillo, eso mismo nos dijimos con Fernán en el camino de regreso. Cierta tío de Fernán, que ocupaba un puesto clave en una empresa internacional, trabajaba en un despacho tres veces más espacioso, más fastuoso, mejor calefaccionado, lleno de muebles modernos que parecían salidos de un universo de ciencia ficción. En el despacho de Fangio, donde no sobraba lugar, Fernán se vio en problemas cuando quiso ponerse de pie y hacer seis o siete fotos con la cámara que acaso le había prestado su hermana o que él tomó prestada sin pedir permiso, eso no lo tengo claro y tampoco importa mucho. Hoy no recuerdo si sacó esas fotos al final de todo o al principio o en medio de la entrevista. Con el tiempo, se volvió una especie de regla de oro que él tomase las fotografías al concluir cada charla, cuando habíamos entrado en confianza con nuestro anfitrión o, por lo menos, cuando habíamos ablandado su desconfianza. Pero Fangio era el primer entrevistado, ilustre o no, de nuestras vidas y no teníamos aún reglas, de igual modo que no teníamos un cuestionario preparado o pensado para él. Teníamos ganas, nervios y curiosidad. Teníamos toda la inconsciencia y el candor que era posible tener en ese país, a esa edad, en aquellos tiempos negros.

¿QUÉ ES EL AUTOMOVILISMO PARA USTED? El automovilismo fue un medio para mí. De muy chico yo tenía la ilusión de los motores, quería aprender mecánica (mi padre quería que trabajara a su lado como albañil, pero a mí me gustaba más la mecánica) y como en esa época eran muy pocas las posibilidades de estudiar, menos si no había dinero, consideré que debía aprender un oficio. Primero, para no trabajar con mi padre, me fui a una herrería. Después, pude trabajar en un taller mecánico porque en esa época no había las limitaciones de edad que existen ahora. Yo, a los quince años, era prácticamente un mecánico. Era ajustador de autos. Y desde los diez u once años iba al taller, después de la escuela, a limpiar piezas y cosas por el estilo. Como me gustaba mucho todo eso, fui aprendiendo cada vez más. No había libros en esos tiempos y todo era práctica. Pero, claro, los motores resultaban más comprensibles. Ahora hablaríamos de «mecánicos a dedo» porque nos dábamos cuenta de una falla por intermedio del oído. Hoy los autos han mejorado considerablemente para conducir, pero es más complicado para los mecánicos. Sin estudios, ya no pueden trabajar.

LLEVO DÍAS VIENDO IMÁGENES VIEJAS de Fangio. Corre como si ya tuviera la carrera ganada. Corre como si no hubiese competidores. Corre como si despejara el camino. Corre, cuando va primero, como si aún persiguiera el liderato. Corre con la soltura simple de los sueños, de los vientos. Corre como si huyera de algo horroroso. Corre como si el compacto pelotón que lo apremia allí detrás fuera la muerte. Corre como si buscara una tranquila soledad. Corre como si lo controlase todo, llevando el ritmo, haciendo un uso racional de esos segundos de ventaja con los que parece haber nacido.

LLEVO DÍAS VIENDO IMÁGENES VIEJAS de Fangio por YouTube y mi hijo, cuya edad es la misma que teníamos Fernán y yo cuando hablamos de los Beatles en el bus y sellamos nuestra amistad, mi hijo me pregunta, al fin, muy pensativo, por qué veo esas imágenes brumosas de la «edad de piedra». Es un término que él ha empezado a usar hace unos días y que no tiene piedad, porque incluso una canción de Michael Jackson o un video con un gol de Maradona o de Zidane son vestigios, para él, de una «edad de piedra» inmemorial: de uno de esos años pretéritos que, por regla, se escriben con toscos números romanos. Le cuento un poco de Fangio. Le hablo con más entusiasmo de la inmensa modestia del expiloto que de la inmensa leyenda del piloto, acaso porque la leyenda forma parte de mi inmensa edad de piedra o acaso porque hago mía la lección que nos dio Fangio aquella tarde, hablando de sus comienzos, dándole la espalda a la escandalosa notoriedad.

MIS PADRES ERAN DUEÑOS de un voluntarioso tocadiscos marca Wincofón, que se transformó de golpe en una pieza de museo. Fue cuando ellos compraron un equipo estereofónico y lo esparcieron, a lo ancho, en un estante del enorme aparador en nuestro salón comedor, como un orgulloso abanico de trofeos deportivos. El pobre Winco, color blanco, fue a parar a mi habitación. Yo lo recibí con los brazos abiertos. Tenía ocho o nueve años. Era la primera vez que me regalaban algo que no fuese un juguete infantil ni un objeto pensado solo para usos infantiles. Me gustaba encender el Winco, pasar la púa aguzada por la yema de mis dedos y oír el confuso rugido de mis huellas digitales, no muy diferente al ruido de una gran sartén chisporroteante. Sospechaba (y nadie me habría hecho pensar de otra manera) que no existían en el mundo dos personas cuyos dedos sonasen del mismo modo con el roce de aquellas púas. Junto con el Winco, mi padre me suministró un puñado de discos: Duke Ellington, Benny Goodman, una serie de melodías navideñas en la voz dulzona y también iracunda de Joan Báez, unos tangos de guante blanco de Fresedo y *Wave* o *Tide* de Jobim. Un sábado por la tarde, mi padre me enseñó por fin a usar todo eso. Recuerdo cómo exageró cada una de las etapas de esa especie de liturgia: sacar el disco, limpiarlo con un trozo de franela, soplar un poco para quitarle una posible pelusa, sostenerlo por los bordes (por «los cantos», dijo él y yo pensé que se refería a «los cantos» de los cantores: pensé, con ingenuidad, que las voces de los cantores estaban allá, en los bordes de la esfera, y la música restante se abroquelaba en el centro), apoyar la púa con cautela como si uno introdujera un anzuelo dentro de un río y no quisiese armar un éxodo de peces, regular el volumen y ajustar la velocidad porque venían los discos con distintas revoluciones y, de nuevo, eso de las «revoluciones» causó en mí una asociación cómicamente inexacta: guillotinas, puños en alto, antorchas rojas de fuego... Se puede decir que el Winco (me parece como si ahora lo estuviera viendo en acción) temblaba todo, blandamente acompasado, igual que temblaba el Citroën 2CV blanco de mi tía mientras calentaba el motor, justo antes de ponerse en movimiento. Tanto temblor, a menudo, teñía o

nublaba la música. Nada que ver con la aséptica solidez de la alta fidelidad. Recuerdo que ese sábado, pasando a la fase práctica tras dar las explicaciones como si me contase un cuento para dormir, mi padre puso un disco de Louis Armstrong: «El caimán se arrastra» («Alligator crawl»). Fue un momento inolvidable y pienso que podría copiar, casi palabra por palabra, lo que escribió Sylvia Plath rememorando su primera colisión con la poesía. De pronto, me percaté, se me había puesto la piel de gallina. ¿Por qué razón? No tenía frío. Ni miedo. Pero sentía en mi interior las uñas largas de algo indescifrable. Una especie de encantamiento. Acababa de descubrir un nuevo modo de ser feliz.

NO RECUERDO AHORA SI FANGIO nos esperaba ya con los vasos de leche y las vainillas en la mesa de su despacho o si, una vez que ingresamos, una vez que nos sentamos, como prefiero recordar puesto a elegir la manera en que reveo los detalles, alzó el teléfono interno, habló con ese asistente al que hoy tildo de secretario y le dijo unas palabras algo vagas, una especie de consigna, tras las cuales el eficaz secretario abrió la puerta e irrumpió con una pesada bandeja en la que había dos vasos llenos de leche y un bol o un plato, es lo mismo, con vainillas. No recuerdo si Fangio tomó un vaso de leche también o un café o una gaseosa o tal vez un vaso con agua o, más simple, no bebió nada. Me imagino que sonreímos, que les dijimos a la vez (nos sucedía con frecuencia eso de hablar los dos a coro) muchas gracias a Fangio y al secretario, y que no supimos bien si debíamos empezar ahí mismo con nuestra entrevista, pese a que no traíamos un cuestionario y no habíamos decidido cómo íbamos a empezar, o si era mejor tomar, antes de todo, la merienda frente a la mirada paciente y benévola del campeón. No recuerdo en qué momento él preguntó nuestros nombres y cuál era nuestra escuela, algo me dice que lo hizo mientras bebíamos la leche. Yo llevaba, en una especie de mochila, dos o tres ejemplares de nuestra revista artesanal con la intención de mostrárselos a Fangio para que Fernán le sacara unas fotos leyéndola. Leyéndonos. La idea se me había ocurrido en el segundo colectivo, pero entre la leche, los nervios, las vainillas, las fotos del joven Fangio que no parecía tan joven en esas fotografías, como si hubiese sido siempre un poco viejo o, mejor dicho, una especie de niño viejo al igual que Fernán y yo (un poco grandecitos ya para la leche con vainillas, un poco impúberes para aquella aventura periodística), en medio de todo eso me olvidé de la mochila y de esa idea que era buena, puede ser, pero no tan novedosa como quería imaginar.

A MIS PADRES, SUPONGO HOY, no les sonaba raro lo de la revista. En mi casa, leer y escribir eran tareas valoradas. Mi padre era buen lector, pero no soportaba acumular objetos y al cabo de cada lectura le regalaba el libro recién terminado a un amigo o a un conocido o a la primera persona que pasaba por la calle. Mi padre tenía la costumbre de llevarse un dedo a la sien para decir que allí guardaba su «biblioteca invisible». Por fortuna, había a mi alcance una biblioteca visible: la de mis tías, Nelly y Sara, las dos únicas hermanas de mi madre. Crecí leyendo los libros de esas tías, maestras de literatura. Poseían una biblioteca fascinante o, más bien, dos bibliotecas porque, pese a vivir juntas («solteras empedernidas», había decretado mi padre), cada cual contaba con su biblioteca y eso causaba que hubiera volúmenes repetidos. Recuerdo mis primeros libros «juveniles»: no solo Verne y Salgari, sino también los Hardy Boys o la serie de Guillermo que firmaba Richmal Crompton. Tenía decenas de libros de la colección Robin Hood y, pocos años después, a mis doce o trece años, supe lleno de admiración que mi maestro Jan Seyda, maestro de matemática en la clase A y en la B, había llegado a publicar una novela en la colección amarilla de Robin Hood. Seyda fue el primer escritor que conocí personalmente, pero nunca hablé con él de su novela. Solamente me atreví a escribirle una carta anónima anunciándole (anunciándome a mí mismo, sobre todo) la valiente decisión de dedicarme a escribir... Mi primer paso al respecto fue una especie de historieta llamada *Mic, el marciano*, las peripecias de un espía extraterrestre que se vale de los muchos artilugios de su planeta y sale airoso de mil aventuras. Todavía tengo por ahí los dos cuadernos y es muy sintomático: en las primeras escenas hay un cincuenta por ciento de dibujos, pero el texto va ganando más terreno y, al final, los dibujos son casi una anomalía, tanto o más extraterrestres que el marciano, con su cara verde y su gruesa nariz roja y naranja. Mis compañeros de escuela (entre ellos mi amigo Lucas, que tras un paso por la clase A había vuelto a la clase B y se sentaba a mi derecha por entonces) fueron mis primeros lectores. El cuaderno que traía las mil andanzas del marciano viajaba de pupitre en pupitre, como un plato volador;

todos leían o hacían de cuenta que les daba placer leer; nadie tachó ni garabateó nada encima, vaya respeto.

SI CIERRO LOS OJOS nos veo a Fernán y a mí en el patio de la escuela. Si cierro los ojos veo el aula, algo opaca, pero no mucho, y las espaldas de nuestros camaradas, siento el olor de los lápices bien o mal afilados y en mis oídos resuena la lista de los héroes patrios, en su amplia mayoría militares. Pero si cierro los ojos de otra forma, entornándolos más bien, permitiendo que se filtre algo presente, algo vivo, el listado con los héroes militares es destituido en el acto por los héroes populares donde Fangio, al igual que Carlos Gardel, al igual que algún boxeador y que algunos futbolistas, ocupaba mercedamente el centro. Yo era consciente de esto último ya entonces, aunque de modo sencillo. No tenía, en definitiva, más que mi pueril conciencia; así y todo, aquella tarde en la calle Montes de Oca me impactó que, a cuarenta o cincuenta centímetros, estuviese sentado el miembro más notable, para muchos, de esa lista tan selecta. El más incauto de sus gestos, decidí, tenía que encerrar una clave: su forma de apretar los dientes a la hora de sonreír, el hábito de alzar las cejas para quizá atenuar una que otra aseveración, la actividad de sus manos duras y ágiles a la vez. Recuerdo esos detalles, recuerdo su cráneo que parecía destellar como un trofeo deportivo (pero esto lo pienso ahora: no lo pensé ahí, con Fernán) y hasta una suerte de lunar o de minúscula mancha sobre el labio que, con su sola presencia, transformaba al héroe mítico en un ser de carne y hueso. Recuerdo aquello o, acaso, mi recuerdo se amalgama con cosas que vi después, en fotos y en televisión. Recuerdo como si estuviera armando un rompecabezas y hubiese más de una figura acertada o definitiva. Recuerdo con confusión, como si volviese a ver la velocidad de Fangio descompuesta en mil fragmentos de quietud o de pereza, en un prisma donde el tiempo acecha excepcionalmente en cámara lenta.

NO VOY A EXAGERAR y escribir que ese día, entre la lluvia, el accidente de la mujer, el vaso con leche y las vainillas de Fangio, se murió o empezó a morir nuestra infancia. No voy a postular eso porque equivaldría, lo sé, a una simplificación. Pero sería muy necio si negara que celebramos una suerte de ceremonia iniciática o un ritual de confirmación. Llegábamos a una edad con tintes de encrucijada en la que nos preguntaban y nos preguntábamos qué seríamos cuando grandes o, peor, cuál era nuestra «vocación». Fernán odiaba esa palabra, vocación. Y odiaba a una pedagoga que vestía trajes surtidos de enormes botones dorados y aparecía cada tanto en su colegio, que ya no era más el mío, con un nuevo y cada vez más engorroso *test vocacional* que repartía tras escribir con rígidas letras de tiza la misma frase de siempre: «La vocación es como la espina dorsal de cada vida», sabiendo (o no) que el autor de ese apotegma, que ella citaba con alguna libertad, era un perturbador apellidado Nietzsche. Fernán despreciaba a esa mujer, decía con amarga ironía que ella iba propagando en los colegios indebidos la ilusión de que era posible elegir, y se burlaba con saña de la gran espina dorsal, la misma por donde suele correr el frío del espanto; sin embargo, ese día feriado, después de conversar con Fangio, salimos de la agencia de autos con la espalda más derecha, como si hubiésemos encontrado, más que una espina dorsal, el mástil de nuestra bandera de largada: el inicio de eso que algunos también llaman «carrera».

NOTA BREVE. Si le otorgo un nombre falso aquí a Fernán, se debe a que me siento incapaz de ser fiel a la verdad y sé que deslizaré pronto un torrente de mentiras (si no lo hice ya, por cierto), mentiras que normalmente conducirían a poner un cartel como en el cine, al principio o al final, pero siempre con una especie de cortina melódica, «lo fundamental es cierto, los detalles son inventados». En semejante contexto deseo que mi amigo real, que no se llamaba Fernán, que no se llama Fernán, tenga nombre y estatus de personaje. Deseo, en resumidas cuentas, que se comprenda que hablo en buena parte de él, pero que Fernán no es él. Que Fernán, como estricto personaje, si bien a veces lo excede o a veces lo tergiversa, en el fondo no le llega a los talones.

FERNÁN TENÍA UNA HERMANA dos o tres años mayor. Nuestra escuela, creo haber dicho, no era mixta. O, en realidad, era mixta mediante un procedimiento particular: existían técnicamente dos escuelas, dos edificios distintos, el de hombres y el de mujeres, separados por la vía muerta de un tren (devotos de las alegorías, saquen ya sus conclusiones) que no circulaba más, desde hacía unas décadas. Como la hermana de Fernán concurría a esa otra escuela, que para algunos maestros o padres era la misma, me topé con ella por primera vez cruzando aquella vía muerta, sin siquiera sospechar que era la hermana de mi inseparable amigo, lo que no me impidió pensar que era increíblemente hermosa. Cuando até los cabos entre Fernán y ella (pero «até los cabos» es algo excesivo, es propio de un detective, y acá no hubo deducción; ellos aparecieron del brazo un buen día y él la presentó: «mi hermana»), mi descontento por ir poco a la casa de Fernán cobró un segundo sentido. No solo me perdía la experiencia de espiar la habitación y los discos y los libros de mi amigo; también me perdía la experiencia de ver de cerca a esa hermana cuyo atractivo físico Fernán no parecía cansarse de alabar. Al Bujía y a mí nos causaba entre risa e inquietud cuando Fernán nos forzaba a admitir en voz muy alta, como si prestásemos un juramento, que su hermana era, de lejos, la gran belleza de la escuela al otro lado de la vía. Pero otra cosa me causaba todavía más inquietud: apreciaba tanto a Fernán, me sentía tan orgulloso y feliz de nuestra amistad, que de ningún modo deseaba que él pudiese imaginar que yo acudía a su casa por un motivo ajeno a nuestro lazo.

UN DÍA, EN CASA DE FERNÁN, el Bujía intentó espiar, pese a los gritos contrarios de su amigo, por el pequeño cerrojo de la puerta de la hermana. Eso dijo Fernán, al menos, y lo refrendó la madre de Fernán con el ceño todo fruncido. El Bujía quiso protestar declarándose inocente, alegando que había efectuado aquel gesto de agacharse y de arrimar el ojo a la cerradura con espíritu bromista, para imitar una escena de cierta película. Convertido en juez de un hecho que no había atestiguado, traté menos de soltar una especie de veredicto que de intentar, vanamente, que Fernán y el Bujía no se enemistaran. Fue el inicio, comprendo hoy, de una suerte de nueva fase. A partir de ese incidente, Fernán y yo nos apartamos de manera paulatina del Bujía y, de paso, como si fuese una consecuencia lógica, del mundo de los deportes. Nuestra inagotable pasión por la música y por los discos modificó nuestra área de operaciones. Llegaba un momento crítico. Nos interesaba explorar el centro de la ciudad: disquerías y librerías. Nos excitaba inventarnos compromisos profesionales: entrevistas, compras de rollos de fotos, compras de pilas y cassettes que engullía nuestro grabador. Para mi satisfacción, la casa de Fernán se erguía más cerca de aquellas cosas. Que su hermana se encerrase en la habitación, o que no estuviera nunca, pronto pasó a ser secundario para mí.

Y EL AUTOMOVILISMO ¿CUANDO APARECE? Muy temprano. Me gustaba tanto manejar que iba todos los domingos al taller con tal de mover los autos y siempre me prendía, cuando iban con la «chata», a ver si me dejaban manejar.

SI TUVIESE QUE DECIR qué cosa me decepcionó o no me convenció del todo en aquel encuentro con Fangio, lo único que se me ocurre es un minúsculo detalle, tan nimio y frívolo que me hace sonrojar. Me refiero a la voz: la voz de Fangio, que, entonces, ese día feriado, me sonó aguda, menos grave e imponente de cómo imaginaba yo, con apenas catorce años, la voz de una especie de héroe nacional. Supongo que Fangio se habría reído de mí: de mi absurda expectativa, de mis prejuicios acerca de las voces (tuvimos, casi al mismo tiempo, militares al poder con voces gruesas, muy gruesas, y ya sabemos los nefastos resultados) y de mi pobre noción de «héroe nacional». Llevo diez días escuchando viejas entrevistas a Fangio y la voz, aunque no es gruesa ni rotunda, no me suena hoy tan aguda como hace cuatro décadas. Y, sin embargo, repensando lo ocurrido, sospecho que la voz de Fangio me resultó menos grave, militar o terminante que las voces que por entonces tronaban alrededor porque, aparte de su registro natural, un tenor en términos operísticos, él refería las proezas más inciertas sin hacer ningún hincapié en su cualidad de proezas, con exquisitas pinceladas de pudor, como estupefacto frente a lo logrado, agradeciendo a la suerte y a los demás. Me atrevo a decir que Fangio se sentía casi pasmado de tener esas historias para contar. Tan pasmado que nosotros, Fernán y yo, no teníamos derecho a sentir sorpresa. Era lo más normal del mundo llamar por teléfono a Fangio, encontrarlo en su despacho laboral un día feriado, pedir una entrevista con él y estar un par de horas después tomando la leche junto a él, sí, lo más normal del mundo. Lo verdaderamente raro era ser Fangio, enfrentarse a los demás (viejos, adultos, jóvenes o niños de catorce años) y explicarles lo inexplicable.

NO RECUERDO, EN LOS DÍAS SIGUIENTES, haberme jactado con nadie de nuestra cita con Fangio. Ni siquiera con el Bujía, que era el candidato ideal para esa clase de jactancia. No recuerdo, ni mucho menos, qué cosa les dije a mis padres. Sospecho que les conté o les resumí lo ocurrido en cuanto regresé a casa, a la hora de la cena, pero no recuerdo de ellos la más mínima reacción. Recuerdo, eso sí, que, tan pronto como salió la revista que, desde luego, anunciaba en grandes letras la entrevista con «el máximo deportista del siglo», mi vecino de al lado, Eugenio, me contó lleno de emoción que cuando él tenía once años había visto una carrera memorable en la que Fangio, con su viejo Chevrolet, había vencido a sus eternos rivales de Ford, los Gálvez, una carrera tras la cual el músico Anselmo Aieta, autor de un tierno vals criollo que le encantaba a mi madre («Palomita blanca», claro), había compuesto un tango titulado «Fangio».

NO SOY UN EXPERTO EN FANGIO, pero hoy quiero fantasear que el llamado de Fernán resultó muy oportuno aquella tarde de lluvia, de igual modo que me han contado que, en las últimas décadas, en los años de ceguera acérrima, Borges esperaba que alguien se presentara en su hogar, necesitado de una voz que le leyera esos libros que él se sabía de memoria, como Fangio también sabía de memoria la épica de sus victorias, la forma de cada recta y de cada curva que había «fatigado»: sabía de memoria eso porque, en la noche previa a cada carrera, repasaba el circuito como una canción (izquierda, izquierda, derecha, tercera, cuarta, tercera), una canción que, para no desconcentrarse en el transcurso de un gran premio, para no ponerse a pensar en cosas inconvenientes cuando iba solo en la punta y no había desafíos en el retrovisor, se conminaba a canturrear de viva voz.

NO SOY UN EXPERTO EN FANGIO e ignoro si era usual que él recibiera en su despacho a niños periodistas de trece o catorce años. Tal vez era un culto oficial. Tal vez Fangio almacenaba cantidades industriales de vainillas (si no fueron Bay Biscuits, si no fueron quizá obleas) y dedicaba ciertas tardes por semana a relatar sus triunfos a un auditorio digno de Neverland Ranch. En tal caso, es el secreto mejor guardado del siglo porque Fernán y yo contamos una infinidad de veces nuestro episodio con Fangio, más allá de nuestro círculo de amigos, y nadie nos dijo nunca que había pasado una tarde comiendo, como nosotros, vainillas en la calle Montes de Oca.

AUNQUE INTENTABA LO CONTRARIO, a mi padre no le caía bien nuestro vecino Eugenio, quizá porque era un sujeto solitario, un cuarentón, un soltero sin amigos y sin hijos a quien le divertía charlar o incluso jugar con los niños en el barrio. Mi madre, que lo tildaba de «bicho raro», mantenía que Eugenio era inofensivo. Mi padre no estaba de acuerdo y veía en él un peligro, pero es cierto que mi padre se pasaba de alarmista y veía peligros donde no los había: en los discos de los Beatles o incluso en las carreras de Fórmula 1 que yo miraba en el difuso televisor blanco y negro de la época. Mi padre había intentado prohibir que yo viese esas carreras tras una famosa serie de accidentes, mortales o casi mortales, como los de Niki Lauda, Tom Pryce o Ronnie Peterson. Parecían años malditos porque incluso hubo pilotos que murieron por entonces en accidentes ajenos a las pistas: el brasileño Pace, me acuerdo, por culpa de un avión. Las cámaras transmitían esas muertes en directo. Muertes suntuosas, gratuitas. Escenas impresionantes: columnas de humo, automóviles partidos por la mitad, pilotos tratando de huir de una carrocería en llamas o ansiosa por explotar. Llevo diez días repasando las imágenes nebulosas de aquella Fórmula 1 y entiendo un poco a mi padre, entiendo su preocupación cuando veo el atolondramiento en el autódromo de Monza, en 1978. La cámara tiembla en lo alto, desde un helicóptero que sobrevuela dando rondas al circuito, pero así y todo muestra con escalofriante nitidez a unos bomberos que luchan contra el fuego, a cinco o seis pilotos que arriesgan las vidas y arrancan con nerviosismo de las llamas a un colega malherido, a gente que corre intranquila, a médicos o enfermeros que cargan una camilla... Imágenes bélicas, más que deportivas. Y, no obstante, en esos tiempos, en aquella edad de piedra, nos parecía muy normal.

«EN LAS CARRERAS NO HAY TIEMPO para tomar dos decisiones. Hay tiempo para una sola y debe ser la correcta.» Lo podría haber dicho Fangio. Lo dijo, ya enfermo, poco antes de morir, Steve McQueen en una entrevista.

EN UN MOMENTO, AL PRINCIPIO, no recuerdo si antes de tomar la leche o mientras la tomábamos, Fangio nos preguntó a los dos, tal vez porque le interesaba de verdad o tal vez para hablar de algo, para vencer su timidez (casi tan molesta, advierto, como la de Fernán y la mía), nos preguntó qué pilotos de Fórmula 1 nos gustaban. Yo me puse algo colorado y respondí que mi ídolo era Emerson Fittipaldi. Tenía miedo de que Fangio no lo aprobara; tenía miedo de que Fernán se burlara de mi ídolo allí, en presencia de Fangio, de mi ídolo que, tras ser dos veces campeón mundial, se había obcecado en correr con un coche artesanal, exageraba Fernán, un coche casi de juguete, fabricado en su país. Aquello era una broma, un juego entre él y yo. O, como mucho, entre el Bujía, Fernán y yo. A diferencia de lo que ocurría con George, en el campo del deporte nos buscábamos y conseguíamos ídolos distintos. No recuerdo la respuesta que Fernán le ofreció a Fangio. Creo que titubeó nervioso y soltó el nombre de Lauda con la certeza de que obtendría una obvia aprobación. Yo sabía, sin embargo, la respuesta que él callaba. Era el nombre del piloto que había fallecido en Monza, transmitido desde un helicóptero por televisión. El piloto que también era el gran héroe del Bujía. El piloto al que ese año, 1979, George le había dedicado una canción llamada «Faster». Tal vez era muy normal estar allí, frente a Fangio, con catorce años de edad. No era normal, pienso hoy, tener ya un ídolo muerto. O sí lo era, muy normal, si uno frecuentaba el rock y tenía un póster de Hendrix, de Janis Joplin, de Keith Moon. Sí lo era, muy normal, si tenía un póster de James Dean o uno del Che. Sí lo era si se piensa que faltaban pocos meses para la muerte de John. Y para la de Steve McQueen.

YEAH YEAH YEAH, los cuatro jóvenes melencidos van a cantar. Nos matábamos de risa, el Bujía, Fernán y yo, con las malas traducciones de las contratapas de los álbumes de los Beatles y aún más con las traducciones de los temas musicales. El «Por favor, compláceme» o, a lo sumo, «Por favor, dame placer» de «Please, Please Me» convertido en un absurdo y enigmático «Por favor yo» nos hacía imaginar a un traductor distraído, indudablemente anciano, ajeno al mundo de los Beatles, una especie de profesor jubilado al que le habían encargado que por favor él encontrara cierta clase de equivalente para un título rotundo como «Twist and Shout» y, sin tiempo ni ganas de escuchar la canción, de lo contrario habría entendido que ese «twist» y que ese «shout» eran verbos gentilmente imperativos, con menos ganas que tiempo, según Fernán, no había avizorado peor salida que «Twist y gritos», es decir, dos sustantivos, quizá porque para su criterio antediluviano dos sustantivos sonaban mejor que dos verbos, ¿quién sabe? Fernán nos dijo una tarde, al Bujía y a mí, riendo, que el traductor despistado tenía que llamarse Natalio, don Natalio, un hombrecito de sombrero gris, o mejor todavía Arturo, don Arturo, nombre de rimas soeces, y nos representábamos los tres al viejo don Arturo rascándose el viejo mentón, preguntándose cómo diablos traducir «I Me Mine» o «Blue Jay Way», pobre santo, hasta que el Bujía nos planteó que esas traducciones eran, no había duda acerca de ello, una broma formidable, una broma tras la cual estaba Ringo, estaba John o estaba otro de los cuatro jóvenes melencidos, yeah yeah yeah, que incentivaban los peores malentendidos, los peores disparates como forma de burlarse de la antigua lógica, de la vieja tradición de la traducción. Yeah yeah yeah, los cuatro jóvenes melencidos van a cantar, era una especie de grito guerrero que, con ironía, Fernán soltaba antes de ponerse a recitar las canciones de los Beatles en palabras de don Arturo, o sea, a proponer versiones arturianas del repertorio beatlesco, como «Una hilera de peniques» («Penny Lane») o «Ella escribe en el dorso del papel» («Paperback Writer»). De todas sus traducciones, la más inaudita y graciosa era la de «Norwegian Wood (This Bird Has Flown)», que pasaba a ser «En un bosque de Noruega»

y después, entre paréntesis, «un pájaro se perdió». Pasamos uno o dos años divirtiéndonos con las traducciones de don Arturo, luego nos olvidamos de él, pero una década más tarde, cuando Fernán y yo teníamos veintidós o veintitrés años y un genio de cierta compañía discográfica tradujo *Brothers in Arms*, de Dire Straits, como *Hermanos abrazados*, recuerdo que llamé a Fernán y le anuncié que no había muerto don Arturo, que estaba vivo, en acción, más ocurrente que nunca.

NUESTRO AMIGO EN COMÚN, el Bujía, el tercero en la revista, hizo una tarde algo peor que espiar por un cerrojo. El Bujía tenía conciencia de que lo relegábamos en materia de amistad. Era un tercero excluido, más que incluido; como un George al lado de un Paul y un John. Con impensada madurez, pero también con un orgullo enfurecido que hoy considero razonable, el Bujía nos convocó una tarde a Fernán y a mí (primeros días de marzo de 1979, luego de las vacaciones de verano) para hacernos dos anuncios. El primero, el que menos nos extrañó, fue que dejaba la revista o, dicho de otra manera, nos dejaba la revista, buena suerte, disfrútenla. El segundo anuncio fue que acababa de dismantelar, sin siquiera consultarnos, nuestro país, nuestra república secreta: una especie de nación independiente que los tres habíamos fundado en un terreno baldío a unos ciento cincuenta metros de la casa del Bujía, frente a la vistosa mansión de su tío millonario, de quien él hablaba siempre con abierta idolatría, un terreno al que se entraba trepando una gran muralla que lo separaba del mundo corriente y donde habíamos plantado una bandera improvisada ante la cual, cada tanto, entonábamos un himno inventado por el Bujía con palabras fabulosas, vocablos de ese otro país, y donde habíamos ocultado bajo tierra, al pie de aquella bandera colorida y casi africana, un cuaderno que era la constitución, el acta fundacional. El Bujía no únicamente había quitado la bandera, sino que había desenterrado el cuaderno, lo había llevado a su casa y le había prendido fuego. Todo un acto de independencia, propio de aquella república que había osado aniquilar.

¿CUÁL FUE LA PRIMERA CARRERA? La primera carrera la corrí como acompañante. Fue desde Coronel Vidal a Guido, ida y vuelta. La primera que corrí solo, más tarde, fue en un pueblo llamado Juárez. Yo había terminado el servicio militar y, con la ayuda de unos amigos, me había armado un tallercito. Al enterarme de que había esa carrera en Juárez, le pedí prestado el auto al padre de un amigo. Era un taxi, un modelo Ford A de 1929. Le cambiamos la carrocería y fuimos a correr. Iba tercero, pero el motor se fundió en la última vuelta. Esa noche lloré. Había invertido ahí todos mis ahorros y ahora, encima, tenía que poner el auto otra vez en condiciones para devolvérselo al dueño...

EL TÍO DE MI AMIGO EL BUJÍA se había vuelto millonario, aunque nadie sabía cómo ni por qué. O, en todo caso, nadie quería saberlo. Millonario, mezcla de playboy y de joven eterno, el tío del Bujía se vanagloriaba de frecuentar gente importante y en enero de 1979 nos llevó al Bujía y a mí al palco oficial del autódromo de Buenos Aires, a ver cómo Jacques Laffite ganaba con su Ligier el Gran Premio de Fórmula 1 de Argentina. Ese día lo conocí bastante mejor. Conversamos de mil cosas mientras los coches giraban delante de nuestros ojos, entre el ruido de los motores y la trepidación que me hacía cosquillas en los pies, y resultó que él, como yo, era fanático de los Beatles. Por eso no me asombré cuando, una semana después, el tío del Bujía llamó a casa, solicitó hablar con mi padre y dijo que tenía una invitación: sabía de «fuentes seguras» que George viajaba a Brasil (a presenciar el Gran Premio de Interlagos, invitado por su gran amigo Emerson Fittipaldi) y él se proponía llevarnos, a su sobrino y a mí, a seguir la carrera y ver cómo por primera vez un exbeatle pisaba América del Sur. O un beatle, así dijo él, porque ya me había explicado en el autódromo que no existían exbeatles, de igual modo que no existían excampeones: la gloria era para siempre. Mis padres tuvieron dudas. ¿Vos conocés a este tipo? ¿Te cae bien? Pero el tío del Bujía insistió, los padres del Bujía se ofrecieron a viajar ellos también y mi madre —gran noticia— dio el brazo a torcer. Ese año, como faltaba dinero y mi padre estaba lleno de problemas de trabajo, yo me tenía merecido un regalo caído del cielo. En vez de morir de calor y sobredosis de tv en mi Buenos Aires querido, haría un viaje inolvidable. Un viaje inimaginable.

BRASIL, 1979. ZICO JUGABA en el Flamengo y Jorge Ben lo homenajeaba con una canción. Rivelino abandonaba el Fluminense para ir a Arabia Saudita. Caetano Veloso estrenaba su himno de amor-odio a São Paulo («Sampa») y Gilberto Gil lanzaba *Realce*. Cuánta *saudade*. Viajamos en Varig, nos alojamos en el viejo Hilton de la avenida Ipiranga, en una especie de megasuíte del piso superior: el tío en una habitación, los padres del Bujía en otra, el Bujía y yo en una tercera. Los padres del Bujía dejaron las valijas, anunciaron que se iban a hacer compras y los perdimos de vista hasta el final. El tío del Bujía se hizo cargo de nosotros, nos compró gorras y ojotas coloridas, nos mostró las entradas para Interlagos y nos contó que tenía un amigo que era amigo de Emmo, por lo que acaso podríamos visitar los boxes y saludar a los pilotos y a George. «¿Quién es Emmo?», pregunté y el Bujía se rio. «Emmo es tu ídolo Emerson», me respondió. El Bujía, como Fernán, se burlaba de mi ídolo Fittipaldi con sus enormes patillas y el lento patriotismo de su Copersúcar. Recorrimos la ciudad, que me pareció de mal gusto («Narciso juzga feo lo que no es un espejo», cantaba Veloso en «Sampa»), nadamos en la pileta del hotel y al día siguiente fuimos al autódromo que, según explicó el tío, era uno de los pocos en el mundo donde los coches circulaban en el sentido antihorario. Por eso, tal vez, porque las raudas agujas de Interlagos retrocedían, el mismo Jacques Laffite volvió a ganar con su Ligier, qué aburrimiento, y el Lole Reutemann, segundo en Buenos Aires, llegó ahora en tercer lugar. Mi amigo el Bujía, que había llevado una cámara de fotos, no cabía en su felicidad. Yo, en cambio, buscaba a George por todas partes con la inútil ayuda de unos prismáticos y esperaba a ver si el tío cumplía y nos llevaba a boxes. Nada de eso. Regresamos al hotel y, al advertir mi descontento, el supertío prometió «mover cielo y tierra», recurrir a sus contactos, lo necesario con tal de encontrar a George. A la mañana siguiente, nos hizo subir a un coche descapotable que había alquilado horas antes y nos condujo a una playa exclusiva donde —así le habían pasado el dato— estaba George con la familia Fittipaldi. La playa era un doble hervidero: de personas y de sol. El

tío nos mostró unas mansiones opulentas, en la primera línea frente al mar. En una de ellas se había alojado un mes atrás Sophia Loren. En otra, él había sido invitado en 1977 a una fiesta organizada creo que por Kissinger. Mi amigo el Bujía arrugaba los labios: decía que su tío inventaba, que no era tan importante y que no conocía a esa gente que aseguraba conocer. Esperamos el día entero. ¿El día entero? En un momento, el Bujía y yo nos cansamos, nos metimos en el mar, nos pusimos a jugar y yo me olvidé de todo. Como si los Beatles no hubiesen existido jamás.

SABIENDO CUÁNTO ME GUSTABA a mí la música, Eugenio me invitó un día a escuchar un viejo disco en el que cantaba Alberto Castillo. Me contó que Castillo era un seudónimo, que en verdad su apellido era italiano. Me confió una teoría extraña: en el tango los cantantes tenían que llevar apellido español y los directores de orquesta tenían que ser italianos porque lo mismo ocurría con el país, que hablaba español al compás de la música italiana. Me contó que Alberto De Lucca (es decir, Alberto Castillo), antes de ser el cantor que alzaba y movía los brazos con tan famoso aspaviento, había sido ginecólogo, y que, en la etapa intermedia, en esos años en los que se hacía famoso, se le llenaba el consultorio de bellas admiradoras. Averigüé, con el tiempo, que existían montones de tangos donde se celebraba a Fangio, casi todos titulados más que nada con su apellido: uno de Javier Mazzea, varios de un tal Cascallana, uno de Ernesto Rondó y hasta una marcha patriótica de Francisco Canaro titulada «El Chueco Fangio», pero ninguno se compara, no, señor, con el que me hizo escuchar mi vecino Eugenio, esa tarde, en la voz del ginecólogo Castillo.

«MI TEMPERAMENTO ES PACÍFICO, no soy de los que se enfrentan.» Lo podría haber dicho Fangio. Lo dijo George en una entrevista de los años setenta. O bien: «Si uno ama mucho su vida, hay más chances de que los demás lo amen», pero eso lo dijo Paul. O bien: «Aunque ser honesto no da muchos amigos, da los amigos correctos», pero eso lo dijo John.

NO RECUERDO QUE EL SECRETARIO irrumpiera en el despacho ni que Fangio mirara el reloj ni que sonase el teléfono ni que otro azar u otro signo nos dijese o sugiriese que era tiempo de terminar. En mi recuerdo, fuimos Fernán y yo los que marcamos el fin de esa primera entrevista. O en todo caso, pienso hoy, si Fangio o el secretario debieron echar mano de una estratagema para que terminásemos, fue tan sutil que no la percibimos. Es muy probable, recapacito cuarenta años más tarde, que el episodio final, cuando Fangio se ofreció a mostrarnos su Fórmula 1 incluyendo una explicación sobre su funcionamiento (si es que nosotros queríamos... y claro que lo queríamos), es muy probable que aquello fuese, por parte de él, una forma subrepticia de sugerir que era el fin de nuestra cita. Una vez más: lo hizo con tal cortesía y nos dio luego una lección tan detallada sobre el coche (tan inútil en mi caso porque nunca he conducido ni he sacado licencia de conductor) que en ningún momento sentimos que le hacíamos perder tiempo.

NO RECUERDO, MÁS ALLÁ DE LA «LECCIÓN», de qué otras cosas hablamos junto al coche. Recuerdo, creo recordar, que Fernán le preguntó qué era lo que más le gustaba a la hora de correr, una pregunta teóricamente condenada al fracaso, una de esas preguntas que uno se arrepiente en el acto de haber hecho. Recuerdo que Fangio nos respondió que lo que más le gustaba era el falso viento de la velocidad en su cuerpo o, más bien, en su medio cuerpo: la cara, el pecho, los hombros, las manos. Me impactó mucho la frase. El falso viento de la velocidad. Una frase extraordinaria, una frase que volví a encontrar tres décadas después, perdida y sin gran énfasis, en un cuento bastante ignoto del francés Emmanuel Bove, a quien Fangio dudo que hubiese leído. Sin embargo, acaso porque eso lo dijo a orillas del viejo coche y no ante nuestro grabador, tal vez por eso no osamos incluir la frase en la entrevista publicada o no se nos ocurrió hacerlo, incapaces de poner algo que excediera la estricta grabación, como un juicio y su transcripción rigurosa; un juicio de inocentes, de cándidos que dejaron pasar el mejor de los vientos de esa tarde, el falso viento, o que acaso no lo dejaron pasar, me gusta inventar ahora, y al no volcarlo en el papel lo alentaron a continuar y se subieron a él, al falso viento, abriendo por fin las alas, como si estas fuesen verdaderas y el viento también...

AQUEL VERANO, tras mi regreso de Brasil, otra vez en Buenos Aires, en la casa de mis padres, mi madre encendió una noche el televisor y allí, como un espejismo, volví a ver las imágenes de la playa de São Paulo. Un periodista argentino había logrado el milagro de localizar a George, de entrevistarle para la televisión. El periodista argentino, obsesionado porque era fan de los Beatles o porque era, mejor pensado, todo un fan de su oficio de periodista y no podía tolerar que tamaño personaje se escapara de sus redes, había pasado en la playa dos o tres días seguidos, montando y montando guardia. Había hablado con Fittipaldi, le había casi suplicado que intercediese y había quedado a la espera... A la espera de que Emmo hiciera una especie de seña, desde lejos, avisándole que George aceptaba hablar con él. Hace poco encontré en YouTube el video de la entrevista: una auténtica rareza.

¿Y LA PRIMERA VICTORIA? Prefiero hablar antes de mi primera sensación de victoria. Eso fue en el año 1939. Corrí con un Chevrolet (no había un Ford para mí) y gané las dos etapas de un gran premio. Llegué quinto, en realidad. Pero fui el primero entre los Chevrolet. Eso fue casi una victoria. Después de eso, el triunfo que me sacó del anonimato ocurrió en 1940, en la Buenos Aires-Lima-Buenos Aires.

LAMENTO NO HABER PREGUNTADO muchas cosas esa tarde. Lamento no haber preguntado, por ejemplo, si alguna vez había sentido más miedo que lo habitual o una especie de mal presagio antes de una competición. Estimo que, si le hubiéramos formulado esa pregunta, Fangio nos habría contado lo mismo que le contó a Emerson Fittipaldi cuando este, con dos copas mundiales sobre los hombros, cumplió el sueño de charlar con su ídolo de infancia. Siendo niño, Fittipaldi había tenido, al igual que Fernán y yo, un encuentro fugaz con Fangio. El padre de Fittipaldi, periodista deportivo en radio y en televisión, había ido a cubrir el Gran Premio de Brasil con su pequeño hijo Emmo, que solo atinó a saltar, admirado, avergonzado: «Hola, ¿qué tal, señor Fangio?». Unos treinta años después, Fangio le relató a Emmo una historia sobre el Gran Premio de Suiza de 1954. «La tarde del viernes —reconstruiría más tarde Fittipaldi—, tras clasificar segundo, Fangio salió a dar una vuelta por la pista con su esposa. Iba por una de las rectas larguísimas de Bremgarten cuando se cruzó con un gato negro y lo mató en el acto. La mañana de la carrera, era sábado, Fangio despertó muy cansado y nervioso. Más silencioso que nunca. Había tenido una premonición de muerte.» Finalmente, sin sorpresa para nadie, ganó en Suiza de punta a punta, bajo una lluvia furiosa. Le sacó más de una vuelta al denso enjambre de perseguidores.

NO RECUERDO BIEN qué pasó con el tío del Bujía. Creo saber que se mudó a un país de Europa y que, de un día para el otro, perdió toda o casi toda su riqueza. Ninguna persona supo o quiso explicarlo jamás. En cuanto al Bujía, empezamos a perdernos los tres de vista desde que pasamos a escuelas secundarias distintas y nadie, ni el Bujía ni yo ni Fernán ni nuestros padres, hizo mucho para evitar que el vínculo se cortase. Fernán y yo, aunque dejamos de estudiar juntos, refrendamos nuestra amistad y seguimos publicando la revista. Creo que llegamos a editar veinte números en total. Recuerdo que entrevistamos a un jugador de Los Pumas que fumaba un cigarrillo tras otro y nos pidió que no pusiéramos eso en nuestra revista, a un excampeón mundial de boxeo que rengueaba muy levemente, a una gloria de la natación que guardaba en una caja de zapatos (nos la mostró) una vieja medalla de bronce olímpico y al subcampeón 1954 de Fórmula 1, José Froilán González, quien le hizo ganar a Ferrari el primer Grand Prix de su historia y que, como imitando a Fangio, atendía en otra agencia automotora, pero situada en el centro, casi al lado del estadio Luna Park, y de una marca diferente. Más que crear mitos propios (como esa república que, de un día al otro, había destrozado el Bujía), íbamos en busca de mitos ajenos: héroes que, por lo común originarios de las clases populares, parecían detentar una fuerza insólita, una voluntad inédita, algo mágico y al margen de cualquier destino conocido; héroes en los que nos proyectábamos con facilidad. De esos titanes deportivos, retirados o en acción, nos deslumbraba, supongo, lo gratuito, lo imponderable, lo arbitrario de sus acciones y proezas que alimentaban nuestro lado más rebelde y más fantasioso. Ignoro si los visitábamos a fin de que nos contagiasen algo o, más bien, para tocarlos y probar que eran reales. Y para educarnos en público, también, impiadosa definición que le atribuyen a Karl Kraus: «Un periodista es un hombre que se educa en público». Pronto adoptamos la costumbre de ilustrar las entrevistas con fotos de los famosos leyendo nuestra publicación, como urgidos a acumular «pruebas fehacientes». Sediento de estas pruebas de autenticidad, Fernán propuso otro método: que apareciéramos él y yo en ciertas fotos. Eso

hicimos, plenamente convencidos: a veces aparecía él, raras veces lo hacía yo, casi siempre de perfil, con nuestras caras imberbes, separados del célebre entrevistado por un viejo grabador que soltaba un siseo creciente y un tictac, insoportable, de corazón delator.

DESDE QUE FERNÁN Y YO fundamos nuestra revista, pasamos casi nueve años escribiendo a cuatro manos, firmando con nuestros nombres, el uno al lado del otro o el uno arriba del otro. A la postre, patentamos un sistema: el que firmaba primero era el que había volcado por escrito toda la entrevista y también la había editado haciendo una versión final que, como pronto aprendimos, era nula si se atenía a una transcripción exacta, era mucho más lograda mediante ajustes pequeños. Por eso mismo la entrevista, la vieja entrevista a Fangio, hoy suena estrepitosamente literal y no respira muy bien: carece de aquella ilusión de oralidad que fuimos desarrollando, sin que nadie nos la enseñara, entrevista tras entrevista, a fuerza de ensayo y error, con el anhelo de lograr que eso impreso en el papel y el famoso deportista con quien habíamos charlado fuesen una sola cosa, una sola y única cosa, como Fangio y su automóvil.

NO ME EXPLICO POR QUÉ esa tarde lluviosa no le hicimos fotos a Fangio al lado de su automóvil, no digo dentro de él, sentado en el interior, sino de pie, junto al coche, salvo que lo hiciéramos y la cámara fallara. En el único ejemplar que atesoro de la revista, un ejemplar que tiene manchas de lo que parece café, pero conserva inmaculadas las páginas que traen a Fangio, consulto las cinco fotos que acompañan nuestra entrevista (el verbo *acompañar*, lo sé, denuncia alevosamente al amante de las letras; un fotógrafo diría que es el texto lo que, en verdad, acompaña a las imágenes), consulto también la foto de Fangio que hay en la tapa, y no veo rastros del coche. Tengo presente, no obstante, el momento en que Fernán me pasó la cámara y apunté, dos o tres veces, al histórico Fórmula 1. ¿Qué hacía Fangio, mientras tanto? ¿Conversaba con Fernán? ¿Le comentaba o pedía algo a su servicial secretario? Recuerdo que, en cualquier caso, se mantuvo a buena distancia. Separado. No recuerdo que se aproximara al coche ni que nos propusiese el retrato del campeón y su otro yo. Hoy me resulta sencillo interpretar esa escena, probablemente casual, como una confesión: Fangio, arriesgo, ya no se sentía uno solo con el coche. ¿Esto era un expiloto, incluso el mejor expiloto de la historia? ¿Alguien que ya no podía ser uno solo con su otro yo?

«EL CABALLO LLEVA AL JINETE con vigor y rapidez, pero el jinete es quien conduce al caballo. El talento lleva al artista muy alto con vigor y rapidez, pero es el artista quien controla al talento.» Lo podrían haber dicho, pienso, Fangio o George. Lo dijo Vasili Kandinski.

MI HIJO VOLVIÓ HOY de la escuela con una tarea para el miércoles: debe escribir unas páginas (hacer una «redacción») sobre el tema de la amistad. A la hora de la cena debatimos en familia qué define una amistad. Llegamos a un par de ideas que no son definitivas ni alcanzan las altas cumbres de la alta filosofía, claro que no, dado el cansancio general, el contexto culinario y nuestras limitaciones. Desinterés, confianza ciega, almas gemelas son conceptos que nos vienen a los labios. Cuando mi hijo se va a dormir, mi mujer y yo seguimos conversando sobre el tema. Le digo a ella que mantengo un vínculo algo indeciso con el verso de una canción según la cual los amigos nuevos, los amigos de la adultez, nos quieren «por la mitad». Le digo que me gustaría probar lo falso de la frase, pero que la corroboro, con el tiempo, en carne propia. En lugar de una pareja que conversa sobre el amor, como es regla en las buenas o malas comedias románticas, por una noche elegimos ser una pareja que charla sobre la amistad, concepto que no nos parece reñido con el amor, sin que eso quiera decir que el amor puede entenderse como amistad llevada a su paroxismo, porque a esa noción le faltan, para que el amor sea amor, aristas más inquietantes, más complejas de explicar como lo son las cosas íntimas ligadas al deseo.

¿FUERON DUROS SUS INICIOS? Mis primeras carreras estuvieron llenas de problemas. Siempre me ayudaban, pero hubo muchos inconvenientes. Pude comprar mi primer auto gracias a unas donaciones. Tengo acá la lista, guardada de recuerdo. Dice: «Donaciones pro-participación de Juan M. Fangio...». Esto fue para el Gran Premio Mil Millas Argentinas de 1939. Miren ustedes los importes. El que puso más fue el de quinientos pesos. Otros pusieron tan solo un peso. Todo el pueblo de Balcarce puso algo. Para la segunda carrera, como ya no podía pedirle otra vez dinero al pueblo, organizamos una rifa. El premio de la rifa era el automóvil. Recuerdo que dos mecánicos de Mar del Plata ganaron el coche, pero, como salí primero en la carrera y como el auto se rifaba al final de la competición, se lo pude volver a comprar con lo que obtuve al ganar.

TAL VEZ ESTÉ PIDIÉNDOLE MUCHO al pasado, pero si hubiéramos planificado bien esa entrevista (si la hubiéramos planificado y punto) le habríamos hecho a Fangio mejores preguntas y habríamos logrado, estimo, que tocara asuntos aún más atractivos. Lamento no haberle preguntado esa tarde si era cierto que, de joven, antes de optar por los coches, había probado suerte con el fútbol y con el boxeo. Lamento no haberle preguntado esa tarde qué pensaba de los accidentes en la Fórmula 1. No hubiese estado mal, incluso, mencionarle los reparos de mi padre y los de mi vecino Eugenio, que, fumador como era, se burlaba de esos coches auspiciados de los pies a la cabeza por la industria del tabaco, se burlaba asegurando que las negras columnas de humo, tan densas y retorcidas tras cada choque o despiste, eran un modo ingenioso de vendernos cigarrillos. Lamento no haber preguntado por qué su agencia de coches alemanes quedaba lejos del centro o si él creía que su personalidad (esa reserva, esa falta de engreimiento) había servido para ser mejor piloto. Lamento no haber preguntado por qué cambiaba de equipo tras coronarse campeón y, más que nada, cómo fue cambiar de equipo en medio de una temporada en la que, así y todo, se apoderó del título. Lamento que no habláramos de su secuestro en La Habana, horas antes de una carrera, episodio que Georges Perec evoca en *Je me souviens*. Lamento no haber preguntado si creía posible que alguien superase sus cinco coronas, sus cinco campeonatos, cosa que entonces parecía irrealizable, pero agradezco a la vez que no viviese para ver cómo Schumacher igualaba y después batía la marca.

DEBERÍA MANDARLE UN EMAIL a Fernán proponiéndole que relea la entrevista y que escriba las preguntas que hoy se apena de no haberle hecho a Fangio. Nuestra primera entrevista fue fallida, pero el resultado puede disculparse si se piensa en nuestra edad e inmadurez. Incluso Fangio, en su primera carrera (o en la que hoy se considera su primera carrera oficial, en marzo de 1938, con casi 27 años), lejos de salir primero, obtuvo un séptimo puesto. Como una gloriosa medalla con su revés (como esas hojas que metíamos con su estencil en la máquina de escribir y terminaban con el dorso ennegrecido), nuestra primera entrevista marcó también nuestra primera no entrevista: la que pudimos hacer, pero dejamos pasar; la cara oculta que quedó en silencio. Ignoro si Fernán y yo comprendimos esto en el acto. Me animo a afirmar que sí, de acuerdo con nuestro cambio de actitud en las entrevistas siguientes. Fangio tardó siete carreras oficiales en lograr su primer triunfo; eso indican las estadísticas que enmascaran con números los detalles sustanciales, siete carreras que equivalen a dos años, seis meses y quince días desde su debut oficial hasta su primera victoria. Antes existió, por supuesto, lo que él nos presentó como su primera «sensación de victoria» y no está mal, tantas décadas después, pensar que eso sentimos Fernán y yo frente a Fangio: no está mal pensar que Fangio fue nuestra primera sensación de éxito. Lamento no haber charlado esa tarde de estas cuestiones. Intuyo que, a nuestros ojos tan infantiles, todo lento aprendizaje hecho de puestos más o menos decorosos, pero siempre en retaguardia, carecía de brillo épico, más cuando estábamos haciendo un tránsito comparable Fernán y yo, lidiando con los asuntos complicados (por no decir tormentosos) de los primeros inicios y las primeras derrotas, en una línea de largada que excedía lo estrictamente vocacional. Sí, debería enviarle un email a Fernán y contarle que llevo días escribiendo sobre Fangio o, mejor, sobre nuestro privilegiado encuentro con él. Debería, por una vez, consagrarle un email extenso, uno de esos mensajes que ya nadie escribe porque nadie lee, e insertar ahí cierta frase de Marguerite Yourcenar que parece hecha a medida para nuestro viejo episodio: «Hay momentos de la vida en los que somos, de manera inexplicable, de modo casi

aterrador, lo que llegaremos a ser más tarde».

FERNÁN Y YO HICIMOS por un buen rato periodismo a dúo (aprendiendo en público a aprender en público), más allá de la revista deportiva de nuestra niñez, más allá de eso en el tiempo, incluso luego de alcanzar la mayoría de edad, cuando empezamos a cobrar algún dinero, no mucho, por nuestros artículos en colaboración. Recuerdo que Fernán soñaba con ser periodista, con tener una enorme mesa de trabajo y una máquina de escribir y un severo teléfono negro en medio de una redacción o, a decir verdad, no en el medio, sino en una especie de cabecera del vasto salón, en uno de esos rincones separados por un tabique de vidrio, como una pecera humana. Yo quería ser escritor o, más importante y prioritario aún, quería escribir: escribir para mí, ante todo. Yo quería eso sin saber muy bien por qué, sin sospechar lo que implicaba ni lo que significaba, pero no se lo admitía a nadie, menos que menos a Fernán, porque temía que eso fuera a causar algún desequilibrio, alguna grieta en nuestra alianza. Yo quería ser escritor, pero abracé el periodismo como una vía provechosa para ganarme la vida, para aprender los secretos de la escritura en general y para, de paso, educarme en público mientras aprendía en privado, con una suma de paciencia y discreción digna de Fangio, otros aspectos de eso que llamaba Literatura, así, con una gran ele, y mientras, también en privado, leía y leía sin parar buscando en textos ajenos armas o trucos, de manera comparable a Fangio que, cuando joven en su pueblo de Balcarce, aprendía mecánica y exploraba los motores de los coches convencido de que en ellos había armas o trucos para correr, para ser veloz y, ante todo, más que para ser veloz, para ser una sola cosa con el coche: uno solo, piloto más automóvil, como esos músicos que son una única criatura, ellos y el fiel instrumento, como George y su guitarra que gemía muy gentilmente.

MIC, EL MARCIANO conoció un precario intento de secuela, un año después de su primera aventura: unas quince o veinte páginas, no más, un episodio en un planeta transparente que, en el centro, por no decir en su vientre, albergaba un inmenso árbol. Casi todos los dibujos quedaron sin colorear, como vacíos, limitados a un contorno en tinta negra, no por hacerle un guiño a ese raro planeta con entrañas a la vista, sino por abulia o cansancio del autor. Por un largo rato no escribí nada para ser leído o, en todo caso, no ofrecí nada a leer de lo que iba escribiendo, más allá de los textos de la revista, hasta que, años más tarde, bajo el efecto de nuestra visita a Fangio y de nuestra travesía por Buenos Aires rumbo a su agencia de autos, concebí un relato cuyo primer lector no fue otro que Fernán. El narrador era un niño, claro está, de trece o catorce años, que despertaba un domingo (si no era un día feriado) y, obligado a cruzar la ciudad por una razón que no se explicitaba, advertía con perplejidad, pronto también con desesperación, que él era el único niño en todas partes, como el último ejemplar de una especie en extinción o como el primer ejemplar de una especie desconocida. Fernán me devolvió el cuento, tras leerlo «más de tres veces», según dijo (una de ellas, el detalle me impresionó, desde atrás hacia delante, párrafo por párrafo, para ver cómo se forjaba la trama), y solo criticó el final. Casi lo mismo opinaron mis dos tías, las maestras. No podía ser, es verdad, más tosco ese desenlace: un sueño, una pesadilla, el narrador despertaba, se sentaba en la cama envuelto en una penumbra «de mármol» (sic) y se llenaba la boca con un gran suspiro de alivio. Con los años comprobé el peligro de ciertas ideas singulares, de ciertos inicios potentes, a la hora de hallar un final. Lo noté por primera vez con claridad, creo recordar, en los cuentos de mi amado Marcel Aymé. Arranques por el estilo me parecían por entonces fáciles de pergeñar (acaso lo fueran para la imaginación infantil), lo más duro era no frustrar la expectativa del lector; arranques por el estilo eran largar una carrera (de coches, de natación, de atletismo, de lo que fuese) a un ritmo casi imposible de sostener. Tomé en cuenta las críticas, traté de mejorar mi historia, ajusté varios detalles para que quedase claro que los niños, los demás niños, se habían hecho humo

de golpe, pero nunca pude encontrarle un buen epílogo al cuento. Ni siquiera en mi adultez. Tal vez porque el fin de la infancia equivale, es inevitable, a mil desenlaces posibles, a un fructífero estado de incertidumbre.

NO SOY UN EXPERTO EN FANGIO, pero en tiempos de mi infancia él era una enorme figura popular de la que muchos hablaban, por más que a él no le gustase, a sus espaldas, tanto es así que se sabían o se rumoreaban hechos de su vida íntima. Todo el mundo repetía, por citar un solo ejemplo, que él nunca se había casado. Desde luego, habían existido mujeres en su vida; sin embargo, lo que Fittipaldi denomina en su relato «esposa» no era exactamente «esposa». Todo el mundo repetía, por otra parte, que él no había tenido hijos; todo el mundo o, más que nada, las personas que prefieren consolarse de los triunfos de los demás hablando de sus fracasos o, más triste y mezquino aún, tildando de fracasos a hechos que suelen ser decisiones meditadas. ¿A esto se refiere George cuando habla, en su canción «Faster», de los seres envidiosos que desean derrotas ajenas? Por entonces, era notorio que Fangio tenía un sobrino al que muy lógicamente apadrinaba y protegía: un cierto Juan Manuel II, como un sucesor de rey, que alcanzó a ser piloto profesional y al que acaso, ciertas tardes, su tío llegó a servirle vainillas con leche. No es extraño que, por años, a mí me gustase explicar la generosidad de Fangio (el hecho de que nos dedicara una hora a Fernán y a mí) con la teoría algo simplona del hombre-tío: el que no ha tenido hijos, pero trata como reyes o sucesores de reyes a los hijos de los otros. Llevo quince días leyendo artículos sobre Fangio y aprendo, muy sorprendido, que en estos últimos años por lo menos tres individuos, tres hombres nacidos en 1940, 1945 y 1949, han probado o casi probado, con la ayuda del adn, que son hijos de Fangio. Mis teorías tambalean, pero estos nuevos datos vuelven todavía más fascinante al personaje. Es la revancha de Fangio, quiero pensar. La revancha del gran personaje público que todos creen conocer y que, luego de su muerte, nos anuncia que el relato que repetía y repetía era, en suma, lo que nosotros deseábamos oír. La persona de la que todos hablaban, como se habla de un miembro de la familia, era una suerte de efigie que habíamos querido erigir.

«CUANDO UNO IGNORA DÓNDE VA, la velocidad con la que se desplaza no tiene ninguna importancia.» Lo podría haber dicho Fangio, que tantas veces subrayó la trascendencia de «pensar» en mitad de una carrera. Lo escribió y firmó Cees Nooteboom.

LLEVO UNA SEMANA intercambiando mensajes con Fernán, quien ha acogido con paciencia y con asombro mi obsesión actual por Fangio. Le explico tal vez en vano que, en la impensada evocación donde me metí hasta el cuello, a menudo Fangio es Fangio (lo cual no es poco, por cierto) y otras veces, con un poco de creatividad e ingenio, una excusa para abordar asuntos que nos competen. Es un mensaje excesivamente largo, en parte porque me enredo al escribirlo, en parte porque me disculpo de haberlo vuelto personaje de un libro y, peor, de haber vuelto nuestra amistad tema de un posible libro, dos cosas de las que tal vez me arrepienta en un futuro. Es un mensaje muy largo y él responde amablemente, pero en menos de diez líneas, que — aunque parezca impensable— no recuerda casi nada de nuestra tarde con Fangio. Por supuesto, se acuerda de la entrevista. Sin embargo, no conserva más que un recuerdo tenue y desenfocado, desprovisto de pormenores. Piedra libre para inventar, bromea al término de su breve respuesta, total él será incapaz de constatar o desmentir lo que yo escriba. No respondo de inmediato, no le digo de inmediato lo que pienso porque me cuesta formular con justeza y diplomacia que, en cuanto él lea mi versión, se afianzará su memoria (eso me ha sucedido a mí, tras releer la vieja entrevista) y sabrá como nadie más, como él solo puede saberlo, en qué punto he exagerado, en qué punto miento un poco (o miento mucho) para mi actual conveniencia.

PODRÍA INSISTIRLE A FERNÁN. Podría enviarle un puñado de páginas, podría ver si así reactivo su memoria como una bella durmiente que abre por fin los ojos en su cuento de hadas. Podría ver si así recibo como premio algo que pueda serme útil. Podría proponerle, incluso, que me envíe por escrito sus recuerdos y sumarlos a mi rememoración. Pero no. Claro que no. Un libro sobre Fangio, un libro en torno a Fangio, debe escribirse deprisa, más deprisa que los demás, en su lentitud ideal, y para ello su autor debe volverse uno solo con el texto y con lo que desea contar. Uno solo. Muy irónico sería si tuviésemos que firmar estas páginas los dos, como cuando hace mil siglos, en aquella edad de piedra, firmábamos nuestras notas periodísticas a dúo y vivíamos, cada cual, con sus respectivos padres.

FERNÁN JAMÁS PUDO PERDONARLE al Bujía lo de su hermana y, mucho menos, lo de George. ¿Por qué me habían invitado a mí —solo a mí— su tío y él? ¿Por qué lo habían, lo habíamos, dejado afuera de ese viaje? Más cólera le causaba que no le hubiésemos avisado con tiempo que George viajaba a Brasil. De saberlo, habría convencido a su padre, eso pensaba, y habría vuelto, desde luego, con un magnífico autógrafo de su beatle favorito. En nuestra larga amistad, que ha cumplido ya más de cuarenta años, fue la única vez, calculo, que Fernán se ofendió de veras conmigo, esa vez y otra que luego evocaré, pero yo supe ganarme su perdón: no había tenido el reflejo de contarle que iba a Brasil con la familia del Bujía porque me sentía culposo y porque la noticia me había excitado de tal manera que, *mea culpa, mea culpa*, me había olvidado de todo... hasta de él. En cierto aspecto, nos teníamos merecido, el Bujía y yo, haber aguardado horas bajo aquel sol calcinante y no haber encontrado a George. Era una especie de justicia poética que, al fin y al cabo, los tres hubiésemos tenido que ver por televisión, como exiguo premio consuelo, como castigo catódico, esa entrevista donde el periodista argentino le preguntaba a George si le interesaba el tango y, después, le preguntaba por el —en ese momento— muy juvenil John Travolta.

EL PERIODISTA ARGENTINO era un poquito amigo de Fittipaldi, que a su turno era realmente amigo de George, y entendió con picardía que esa amistad en común, aun cuando formase un triángulo muy desequilibrado, era su puerta de acceso a la aureola de los Beatles. El periodista argentino se apostó en la playa, en São Paulo, a veinte metros de la orilla, más o menos, era un día de sol voluptuoso y le dijo al camarógrafo que filmara la escena de George y Emmo y los niños y que cruzase los dedos, si es que se puede filmar teniendo los dedos cruzados, a la espera de que Fittipaldi hiciera al fin la seña, esa seña convenida, desde lejos, avisándole que George aceptaba la entrevista. El periodista argentino soltó una exclamación de júbilo, es normal, cuando vio que Fittipaldi hacía la seña convenida. El camarógrafo no dejó de filmar mientras George se acercaba a ellos. El periodista argentino entendía mal inglés y hablaba mal inglés, de modo que Fittipaldi, con una afable sonrisa, cumplió el imprescindible rol de traductor. El periodista argentino complicaba las preguntas, acaso estaba nervioso, y utilizaba expresiones y términos de su idioma que para Fittipaldi eran más intrincados que la más intrincada de las curvas del peor circuito.

EL PERIODISTA ARGENTINO tal vez quedó insatisfecho tras su entrevista con George; tal vez juzgó sus preguntas, tiempo después, con la misma severidad con que hoy juzgo yo las preguntas que le soltamos a Fangio. Lo que correspondía decir no era «¿Le gusta Travolta?», sino «¿Le gusta la música disco?» o incluso nada de eso. Llevo siete u ocho días viendo viejas, muy viejas entrevistas a George y la del periodista argentino no tiene parangón. No es, sin embargo, la única prueba indudable del lazo entre George y Emmo. Además de esa entrevista donde Fittipaldi cumple la función de traductor, puede verse en Internet un programa de la tv brasileña, emitido casi veinte años después: allí George le canta a Emmo, repuesto hace poco tiempo de un problema de salud, la famosa «Here Comes the Sun» convertida ahora en «Here Comes Emerson».

AÚN MÁS QUE «HERE COMES THE SUN», a Fernán le encantaba «Here Comes the Moon», una canción menos famosa de George. Decía que los exbeatles tenían que juntarse y grabar un disco con canciones que, como «Here Comes the Moon», fuesen una suerte de enmienda o contraparte: «Nothing» (en respuesta a «Something»), «Tomorrow» (antítesis de «Yesterday»), pero también «Yesterday Always Knows» («Tomorrow Never Knows»), «When I'm Forty Six», «Night Tripper», «Goodbye, Hello» o «I Don't Need You». Una vez, recuerdo bien, nos pusimos a imaginar a fondo aquellas canciones y escribimos unos versos. Creo que nuestra máxima contribución a la escuela del punk-rock fue «She Hates You», obvia respuesta a «She Loves You».

MI HIJO VOLVIÓ HOY de la escuela trayendo un folleto que anuncia un concierto de rap y hardcore con el que los mayores tienen la ilusión de reunir fondos para su viaje de estudios. Han reclutado a dos bandas más o menos conocidas: «en ascenso». Miro el folleto y me niego a creerlo: ¡una de las dos bandas se llama Fangio!, así, con un solo signo de exclamación. Busco algún dato en Internet. No hay demasiado, salvo una página creada no se sabe si por ellos, por una asociación de fans o por algún enemigo, tan mal hecha parece estar: «Fangio!, punk a toda velocidad».

ES POSIBLE QUE EL OLVIDO de Fernán sea un mero ardid para ver qué soy capaz de escribir, de fabular o de evocar sin su socorro. Lo digo porque, llegados a la escena del Fórmula 1, que en cierto modo es la escena final de esa tarde con Fangio, soy yo el que se encuentra en blanco y no puede asegurar si Fangio nos invitó a subir al antiguo coche o si todo eso conforma una especie de fábula o disparate posterior que fue añadiéndose a lo que realmente sucedió esa tarde, añadiéndose de a poco, con los años, como un lento sedimento, a medida que yo contaba y volvía a contar la historia. Es posible que el olvido sea una farsa, una mentira. A mi último mensaje por email, en el que me disculpo por tanta insistencia y concluyo diciéndole «tengo muy en claro tu olvido, pero no logro recordar si nos subimos al coche, al viejo Fórmula 1 que estaba expuesto en la agencia», a esto Fernán me ha respondido que por supuesto que no, que nunca podríamos haber subido al coche de Fangio, menuda idea la mía. Por su tono contundente, creo que Fernán recuerda más de lo que asegura recordar. Y le doy toda la razón. Desde luego, menuda idea la mía, Fangio no nos invitó al coche y jamás lo hubiese hecho. Terminamos de hacer las fotos, durante las cuales él permaneció aparte, y nos dio un abrazo o un beso o nos pasó con afecto una mano por la cabeza o nos dio unas palmaditas amistosas en los hombros y acaso dijimos los dos, imitando sin querer al Emmo de doce años, «adiós, gracias, señor Fangio». A lo mejor, no sería tan insensato, el secretario de Fangio nos escoltó hasta la puerta. Pero no subimos al coche, si bien nos habría encantado. Y es altamente probable, lucubro hoy, que una escena que incluí en uno de los primeros cuentos que me animé a publicar, una escena en la que un joven conoce por azar a Neil Armstrong, el primer hombre en la luna, lo devora con la mirada y termina probando uno de sus cascos de astronauta, metiendo allí la cabeza, sintiendo una asfixia gloriosa, es posible que eso provenga de nuestra tarde con Fangio, como muchísimas cosas de la ficción provienen, es habitual, de atrevernos a aventurar qué hubiese ocurrido si...

¿CÓMO LLEGÓ A DISPUTAR el primer campeonato mundial? En esa época había muy buenos pilotos: los Gálvez, Juan Carlos Guzzi, muchos más. Con los Gálvez fuimos primero a los Estados Unidos y después a Europa. Queríamos correr, pero no nos daban bolilla ni pagando. Hasta que fui a ver una carrera en Reims, en 1948, y Amadeo Gordini me ofreció un coche. Esa fue mi primera carrera en Europa, con un Simca-Gordini. El Automóvil Club Argentino se entusiasmó y trajo tres máquinas de Europa. Se hizo una temporada; yo gané la última carrera en Mar del Plata y a raíz de ese triunfo el aca mandó un equipo a Europa. Viajé yo, con Benedicto Campos. Gané cuatro carreras en Francia y dos en Italia. Gané siete carreras ese año, pero aún no había campeonato del mundo. Al año siguiente me contrató Alfa Romeo y les llevé a Froilán González. Al otro año vinieron Marimón, Menditeguy, Mieres... Y se agrandó la familia.

NO SOY UN EXPERTO EN FANGIO, pero llevo nueve días viendo viejas entrevistas, archivos de televisión de los años 1970, 1980 y hasta 1990, y aunque Fangio siempre tiende a contar el mismo relato en algunas ocasiones hay momentos fulgurantes, algo así como intersticios: son sus respuestas, fantaseo, a las preguntas que entonces no le supimos hacer. Lamento no haber hablado aquella tarde con él sobre ese copiloto apellidado Urrutia. No soy un experto en Fangio, pero la historia de Urrutia no es difícil de rastrear. Fue durante una carrera en el interior de Perú. Decir si hubo despiste, choque o problema mecánico sería mentir o especular. Lo cierto es que hubo un gran vuelco y varios tumbos y, a diferencia de Fangio, que se salvó de milagro (un pie de sus piernas chuecas tuvo la oportuna idea de quedar enganchado al coche), Urrutia salió volando, no había entonces cinturones ni correas de seguridad, era peor que el periodismo, era aprender en público arriesgando en serio la vida. Fangio nunca se repuso, no, de la muerte de Urrutia. Por eso — dicen los auténticos expertos— nunca más quiso correr con copiloto. Por eso, imagino ahora, buscó su otro yo en los coches y no en cómplices o socios.

EL BUJÍA NO VOLVIÓ A DEDICARSE al periodismo ni a escribir ni a nada por el estilo. En lugar de eso, empezó a exhibir una audacia admirable y exitosa con las chicas: un arrojo que le envidiábamos todos y que, menudo consuelo, a Fernán y a mí nos hacía pensar en nuestra osadía a la hora de conseguir entrevistas. En cuanto a nosotros dos, tomamos la decisión de dejar de publicar nuestra revista deportiva cuando cumplimos dieciséis años de edad. Vino una etapa intermedia en la que íbamos a ver dos, cuatro, hasta diez conciertos de rock por mes, leíamos con avidez las revistas «alternativas» y entre tanto madurábamos el plan de una publicación de música, cine y literatura, pero ante todo de rock. Una que suplantaría a nuestra revista deportiva. George y los Beatles quedaban un poco atrás, era tiempo de descubrir algo tardíamente el punk, el reggae y la *new wave*. Nos pusimos a entrevistar a los grupos emergentes y varias veces ocurrió que éramos un par de periodistas aliados, Fernán y yo, entrevistando a un par de músicos aliados que habían fundado una banda sobre los cimientos de una amistad escolar. Sumábamos ya doce o trece entrevistas inéditas cuando uno de aquellos entrevistados, un productor y letrista con excelentes contactos en la prensa, nos llamó para decirnos que se estaba preparando la salida de una nueva publicación. Buscaban periodistas jóvenes. Podíamos ver de su parte al futuro director de la futura revista. Una semana más tarde, nos juntamos en la casa de Fernán, que (como yo) seguía viviendo bajo el ala de sus padres. Preparamos unas carpetas con todas las entrevistas y renovamos nuestro pacto, si es que era necesario renovarlo, a sabiendas de que se avecinaba una nueva etapa: la de acceder a numerosos lectores, la de romper el cascarón de los lectores amigos o amigos de los amigos. La etapa de salir al ruedo.

EL FUTURO DIRECTOR de aquella futura revista nos esperaba en el sur de la ciudad, en el barrio de Constitución, no lejos de donde quedaba la agencia de coches de Fangio. Tomamos un tren a Retiro y nos bajamos allí para seguir en colectivo. Anocheceía, recuerdo. Había un tumulto de gente alrededor, bajo la sombra «de mármol» de la estación. Era esa hora en la que muchos salen de las oficinas y estábamos por cruzar la ancha y ruidosa avenida que separa a la estación del resto de la ciudad (como si, desde el nombre, la estación Retiro no formara del todo parte de la ciudad) cuando la luz peatonal se puso en rojo y una mujer ni muy joven ni muy anciana, una mujer que se hallaba en nuestro fortuito tumulto dentro del mayor gentío, no se detuvo ante la señal y dio una docena de pasos impacientes, unos pocos en la vereda, ocho o nueve pasos más en el asfalto irregular de la avenida. Un coche la atropelló, no de frente sino casi de perfil, y la hizo caer de rodillas. Otros coches aminoraron la marcha, pero ninguno frenó mientras ella iba completando la caída. Una ronda de curiosos se formó a su alrededor. Casi una hora más tarde, le contábamos la escena, sin ahorrarnos los detalles, al futuro director de la futura revista joven que parecía, como Fangio, una especie de joven viejo. La mujer había avanzado con tanta seguridad, con tal mezcla de rapidez y lentitud, que era imposible arriesgar para ese hecho una teoría que no fuera la más drástica y deplorable distracción o el más deplorable y drástico suicidio.

«LA RAPIDEZ ES SUBLIME, la lentitud es majestuosa.» Lo podría haber dicho Fangio, para quien «un buen piloto es aquel que gana corriendo lo más lentamente posible». Pero lo dijo Rivarol.

ES SEGURO, CAVILO HOY, que el doble gesto de esa tarde ya lejana, el gesto nuestro de llamar a Fangio por teléfono, el gesto noble de Fangio al recibirnos, haya pautado una suerte de línea demarcatoria. Hasta entonces, la revista había representado un juego. Un juego entre dos o tres (si contábamos al Bujía) o cinco (contando a mi padre y al padre de Fernán, dos héroes silenciosos de las fotocopias) o seis (contando a mi madre, que a veces nos hacía un dibujo, una caricatura, una simple viñeta) o, a lo sumo, a un centenar (contando a nuestros lectores), pero un juego, al fin y al cabo. Después del número con la entrevista a Fangio hubo un cambio alrededor, sobre todo en los demás. Por supuesto, Fernán y yo no perdimos —nos negamos a perder— esos elementos de juego que conservamos, es más, que defendimos con uñas y dientes, incluso años después, cuando hicimos del periodismo nuestro modo de vivir o de financiar nuestras vidas. Lo que hacíamos entonces se volvió regla de oro: jugar en serio. Jugar con responsabilidad. A nuestros padres, no obstante, lo de Fangio les dio miedo. O una especie de vértigo que les inundaba el cuerpo. Vernos jugar con osadía y a conciencia, ver que nuestra alianza contra lo previsto se insinuaba bastante seria, consiguió intranquilizarlos. Como si, en suma, esa revista un tanto inocua se sumase a la lista con los peligros, que nuestros padres actualizaban de tanto en tanto. Ellos habían imaginado, obviamente, otros destinos. Por separado, pero con la misma mirada homogénea, ellos (o sea, mis padres y los de Fernán) habían escrito de antemano una novela, un folletín sin sorpresas, donde sus hijos seguían carreras universitarias y, en los capítulos centrales, se volvían dignos abogados, ingenieros, economistas o algo así, con un magnífico diploma en la pared (otra especie de fotocopia, tiente indicar), con un sueldo inequívoco en la cuenta de cierto banco. Algo que no está nada mal y de lo que sería muy sencillo burlarse. Tuve una charla con mi padre acerca de esto, apenas el periodismo, para usar una palabra que sintetiza el problema, ocupó un lugar central o apenas él intuyó que nuestro choque con Fangio nos arrastraba por caminos chuecos. El juego, ahora, adquiría peligro. Como un piloto retirado de manera prematura, yo abandonaba una carrera en la que, a decir verdad,

nunca había tenido la menor intención de intervenir.

LA REVISTA QUE ANUNCIABA en letras de molde la entrevista con Fangio apareció meses después, a fines de 1979. Reinaba una extraña euforia cuando encuadernábamos los primeros ejemplares de cada nuevo número. El primero quedaba para nosotros, era una especie de rito. Mi vecino Eugenio había solicitado que esta vez imprimiéramos veinticinco ejemplares más. Veinticinco ejemplares adicionales, exclusivos para él. Nunca supe si los conservó o si llegó a repartirlos, hecho improbable dada su misantropía. Otro vecino que tenía la gentileza de comprarnos la revista me pidió en esa ocasión dos ejemplares, no uno solo, y preguntó si no habíamos pensado con mi «socio», así le dijo a Fernán, en recaudar dinero por medio de la publicidad. Me disponía a explicarle que sí, que lo habíamos pensado, pero que nos parecía un desatino (¿quién iba a publicitar en una revista casi confidencial?), cuando echó el torso un poco hacia delante y me propuso una suma irresistible a cambio de que en las páginas cinco y siete, sus números de la suerte, aparecieran dos avisos de su tienda de productos electrónicos.

YA CON EL NUEVO NÚMERO de la revista en nuestras manos, Fernán dijo resueltamente, como si lo hubiera pensado desde la tarde en la calle Montes de Oca, que era nuestra obligación llevarle un ejemplar a Fangio o, mejor todavía, dos ejemplares: otro para el secretario. A mí me amilanaba la idea de volver a importunarlo. Llamar a su secretario, ir a la agencia en persona, todo eso sonaba excesivo, pero a la vez nos moríamos de ganas de entregarle la revista. Un envío por correo nos resultaba glacial, por más que añadiésemos una carta escrita por los dos. Dejamos pasar unos días, como mucho una semana, hasta que aparecí con la estrategia de llevarle un regalo a Fangio, además de la revista. Un regalo que, por ser frágil o poco propicio para despachar por el correo, justificase que volviéramos a la calle Montes de Oca. Fernán aprobó la idea, pero pronto descubrimos que, si bien teníamos el pretexto ideal para volver, este comportaba un segundo dilema: ¿qué le podíamos regalar a Fangio nosotros dos? Descartamos algo ingenuo que fuera a causarle gracia, lástima o incluso, en el mejor de los casos, ternura o cierta piedad. Descartamos algo caro o desmedido que resultara a sus ojos un regalo de nuestros padres. ¿Qué podía faltarle a Fangio? O, más simple como pregunta, pero igual de dificultoso a la hora de responder, ¿qué podía gustarle a Fangio? ¿Qué podía despertar en él un placer casi infantil, un sortilegio comparable al de la velocidad? Algo de comer, pensamos. Bombones o chocolates, nos recomendó la madre de Fernán. Pero no, tenía que haber algo mejor.

¿CUÁL ES EL SECRETO PARA GANAR cuatro veces consecutivas el campeonato del mundo? Yo gané por primera vez en 1951. En 1952 me accidenté y tuve problemas de vértebras. En 1953 llegué segundo en el campeonato. Y luego, de 1954 a 1957, lo gané cuatro años seguidos. ¿Cómo hice? No lo sé. Me parece que, quizá, era más fácil antes que ahora. Yo vivía para las carreras y también tuve la suerte de correr con muy buenos coches. Cuando uno está más o menos arriba es fácil elegir los coches. El último año fue el de mayor satisfacción para mí porque corrí con un coche que no era de un fabricante muy poderoso: Maserati. Era muy buena gente y muy trabajadora, pero no tenían el mejor automóvil ni tanta fuerza financiera. Pese a eso, pude ganar. En el fondo, yo siempre pensaba que mi coche era el mejor, nunca que era inferior. Si no se piensa así, se pierde antes de correr.

EN EL FONDO, ME DIGO AHORA, nos cautivaba la idea de sorprender a Fangio con nuestro regalo. Pienso incluso que, con el gesto, con la elección de un obsequio singular y llamativo, buscábamos que nuestra revista pasase inadvertida. Dudo que hiciéramos eso por modestia, sino por inseguridad. Temíamos no haber transcripto con justeza la conversación. Temíamos que Fangio y también el secretario de Fangio se decepcionasen con nuestras fotografías furtivas, tomadas desde una distancia excesivamente cauta y con un pulso como tembloroso, o con nuestro infinito texto introductorio (habíamos escrito seis, siete, ocho versiones de ese texto que chocaba con la vana pretensión de «presentar» a alguien que no necesitaba presentación), temíamos, en suma, que los decepcionara esa revista que, por mucho esfuerzo que pusiéramos, siempre acababa con un puñado de páginas torcidas, con una docena de erratas de tecleo o con incómodas faltas de ortografía.

CUANDO PIENSO EN ESOS AÑOS, me pregunto cómo hicimos mi padre, mi madre y yo para vivir una década completa sin teléfono. Mi padre podía jactarse de contar con un teléfono moderno en su oficina, uno de plástico verde oscuro o verde militar y botonera en vez de disco. Mi padre tenía la misión de hacer desde su oficina llamados en nuestro nombre: llamaba a mi abuela de parte de mi madre para reportarle noticias o cursarle una invitación, si no para pedirle un dato, y volvía a casa, entre las seis y las siete de la tarde, nunca antes, nunca después, con la respuesta esperada; telefoneaba en ocasiones a Fernán o a la madre de Fernán con recados de mi parte y hacía lo mismo, también, con otros excompañeros de mi escuela precedente porque a los nuevos compañeros yo los veía todo el tiempo, en el patio, en los recreos, y era más simple la comunicación. Mis padres habían comprado una casa lejos del centro, en un área residencial, tentados por su muy buen precio, por la serenidad del barrio, por el bello gato negro que venía con la casa («es un paquete: casa y gato», había bromeado, o no tanto, el vendedor) y por la proximidad con la escuela secundaria elegida para mí, sin prestarle casi atención al detalle, nada trivial, de que la casa no incluía una línea telefónica, lo que explicaba en gran medida su buen precio. Conseguir allí y entonces una línea telefónica era mucho más difícil, se decía, que obtener una entrevista con el papa. A medida que yo iba abandonando la niñez, la falta de teléfono me molestaba cada vez más. Por suerte, mi vecino Eugenio me dejaba ir a su casa, a hacer y recibir llamadas. Mis amigos sabían que martes y jueves yo me instalaba entre las cinco y media y las seis y media, más o menos, en la triste casa de Eugenio. Su casa era un tanto pobre, la más pobre de ese barrio con ínfulas de riqueza, a pocos metros de la llamada Quinta presidencial, la residencia del presidente de turno, un civil o un militar, con su familia. El teléfono de Eugenio reposaba, como un ícono religioso, en una mesita en el centro de una habitación estrecha, sin ventanas, siempre sombría e impregnada de humedad. Con Eugenio vivía su madre, una mujer alta y flaca que parecía más joven de lo que era, pero que hacía al respirar un ruido largo y agudo, una especie de silbido permanente. El silbido tenía no poca

utilidad: yo sabía, gracias a él, si la mujer merodeaba. No me preocupaba tanto que oyese mis diálogos (ella escuchaba mis charlas y tenía la desfachatez de hacerme inocentes bromas cuando oía que había hablado con una chica), más me preocupaba que entrase en la pequeña habitación y, al ver que no estaba hablando (porque a veces yo me sentaba a esperar cierto llamado y, para mitigar la espera, llevaba alguna lectura), me abrumase con su charla: un monólogo ruidoso, sin ton ni son, tanto o más interminable que su silbido.

LLEVO SEIS DÍAS RELEYENDO viejos artículos escritos a dos manos con Fernán, recortes periodísticos que no sé cómo lograron sobrevivir y que parecen asomar entre otros recortes viejos —pero algo menos viejos, de una edad de bronce o hierro— con idéntica sorpresa a la que Fangio muestra en más de una entrevista cuando dice no entender por qué no murió en esos años en los que vio, a su lado, morir a treinta pilotos o más. Los recortes, como es normal, se han puesto amarillos, débiles, frágiles, pero no han muerto. Se asemejan a papel higiénico, según mi hijo, y la analogía no es mala. Mi hijo propone un escaneo, antes de que se hagan polvo. La idea es atinada, pero me rehúso: me atrae la lenta acción del tiempo sobre esos efímeros textos, escritos con cierto descuido o, para qué negarlo, con suma impericia a pesar de nuestro tesón. Algunos artículos son decididamente banales, algunos son presuntuosos, algunos reúnen aciertos con disparates. Entre esos papiros higiénicos encuentro, de repente, uno del que me había olvidado. «Escuela de rock», se llama. Creo que fue idea de Fernán: una enumeración amena de aquellos conjuntos de rock cuya «semilla inicial», así aparece formulado en el artículo, fue una amistad escolar. Faltan Cobain y Novoselic porque Nirvana no existía aún, faltan Lindsey Buckingham y Stevie Nicks porque nos los olvidamos, pero no faltan, es obvio, Jagger y Richards, García y Mestre, Peter Gabriel y Tony Banks, Spinetta y Del Guercio, Greg Lake y Robert Fripp, los miembros de los Zombies...

ES DIFÍCIL PRECISAR qué sellamos aquel día lluvioso bebiendo la pócima de Fangio: si ese binomio de amigos casi hermanos que llegamos a construir; si esa dupla de periodistas o, más bien, de ardientes y eternos curiosos (curiosos de lo inexplorado, que en todo quieren hallar pretexto para explorar) que llegamos a ser más tarde y que nunca hemos deshecho por completo. No lo sé. Lo que sellamos con Fernán, en cualquier caso, fue algo que no entra en esas dos categorías o que parece excederlas. Algo que no viene en ninguna página del diccionario porque falta una palabra exacta para definirlo. Tiene que ver con la amistad, es innegable, pero también es una forma de gran pacto prospectivo. No tiene un nombre preciso, pero es la raíz, me digo, que hizo brotar a la amplia mayoría de grupos de rock, no solamente a los Beatles: el encuentro decisivo entre dos o tres compañeros de clase o entre vecinos de barrio o entre parientes cercanos, el encuentro determinante entre dos o tres amigos que hacen, juntos, una apuesta por un destino común que es casi siempre un destino a corto o mediano plazo, una forma de salir de la órbita de los padres y de abrazar la adultez. Una especie de práctica y aprendizaje público de la adultez.

EN ESOS AÑOS QUE VIVÍ como si Graham Bell no hubiera inventado nunca el teléfono, muchos de mis amigos prometían «te llamo el martes que viene a las seis en punto», pero incumplían, se olvidaban o llamaban mucho más tarde, cuando ya me había marchado. En esos últimos casos, Eugenio o su madre me lo informaban: lo dejaban por escrito en una hoja que ponían al lado del teléfono y en la que yo reconocía fácilmente la letra infantil de Eugenio, redonda y como desmayándose hacia atrás, y la letra incomprensible de la madre, que parecía la imitación de un abrupto cardiograma o del trazo de un sismógrafo. Muchos amigos eran impuntuales, salvo Fernán: él me llamaba el día concertado, a la hora señalada, y nos enfrascábamos en charlas muy apasionantes hablando de la revista y de los últimos discos que él había oído, de la revista y de algunos conciertos que se avecinaban, de la revista y de las películas que convenía ver, de la revista y de las frases subrayadas casi con rabia en los libros (Henry James, recuerdo bien: «La gran cuestión es vivir: sentir, ser conscientes de las propias posibilidades; no pasar por la vida en forma maquinal, insensible, como una carta que pasa por la oficina de correos»), tanto nos enfrascábamos que, absorto por todo eso, no veía correr la hora ni advertía el zumbido respiratorio de la flaca madre de Eugenio... Yo seguía hablando y hablando hasta que, de pronto, parecía despertar de un sueño denso y profundo porque la madre de Eugenio daba unos golpes, tan agudos como su extraño resuello, en la puerta de la oscura habitación, unos golpes que eran pura cortesía porque la puerta jamás quedaba cerrada del todo, unos golpes para decir que ya eran casi las siete o que eran casi las ocho, que mis padres me esperaban y que ella, en fin, necesitaba telefonar a su hermana, más flaca y más alta aún. A su hermana, que era —solía repetir— su mejor amiga.

DIGRESIÓN. A menudo pienso en los ecos, el significado y las causas de los dos accidentes sufridos por esas dos mujeres, como si hubiera un vínculo perverso entre ellos y nosotros. Suponiendo que el primero, yendo a la agencia de Fangio, hubiese marcado un inicio, el segundo accidente equivalió, me digo hoy, a una suerte de reinicio: el comienzo de una segunda etapa, una fase profesional en la que nos pagaban por algo que, a decir la pura verdad (verdad que nos cuidábamos de silenciar entonces), habríamos hecho igualmente y lo más felices de modo gratuito.

EL FUTURO DIRECTOR de la futura revista se convirtió muy pronto en el director de una revista más o menos pintoresca y exitosa, que duró unos cinco años en el mundo cambiante del periodismo. Fernán y yo publicamos y firmamos allí a dúo decenas de artículos: entrevistas, por supuesto, y otros géneros también, ya que se trataba de seguir creciendo. Los músicos de rock empezaban a vernos como parte del paisaje. La Negra Poli y Skay, de los Redonditos de Ricota, nos llamaban Batman y Robin aunque creo recordar que no se ponían de acuerdo: para uno de ellos, Robin era yo; para el otro, Fernán. Un cantautor que alardeaba de ser la reencarnación de Jim Croce, pese a que había nacido mucho antes de la muerte de este, nos llamaba French y Beruti en un tono casi insultante y nosotros dos —no había más remedio— le festejábamos el chiste, sin decir que preferíamos, de lejos, Batman y Robin. Una tarde intercambiamos un puñado de palabras, al final de una conferencia de prensa en un hotel distinguido, con el periodista argentino que había entrevistado a George. Fue Fernán quien lo abordó y quien le habló de Brasil. El periodista argentino nos trató con simpatía y dijo que no se acordaba de lo que había dicho George, era curioso el olvido, tal vez fruto de los nervios porque esa tarde, esto sí lo recordaba, le habían temblado las piernas mientras hacía la entrevista, como si una ola de frío hubiese inundado la playa.

EL PERIODISTA ARGENTINO estaba por despedirse de nosotros cuando de golpe pareció acordarse de algo, dio una especie de paso o doble paso atrás y contó un último detalle: al final de aquella entrevista en São Paulo, gracias a la traducción de Fittipaldi (un traductor más confiable y más cauto que don Arturo, yeah yeah), él le había explicado a George que su camarógrafo usaba un equipo vhs, por entonces tan novedoso que un canal de televisión lo promovía como la «máquina de mirar». Justo en el paraíso para filmar, acababan de grabar con esa máquina a George, que parecía asombrado, como si no hubiese visto antes un equipo vhs, y Fittipaldi pidió si era posible, por favor, ver de nuevo la entrevista. El periodista argentino le hizo un gesto al camarógrafo y George y Fittipaldi fueron los primeros espectadores de esa famosa entrevista. «Qué maravilla —dijeron, habituados a otros tiempos—. Esto es la velocidad. *Faster than faster.*».

MI HIJO PARECE UN TANTO PREOCUPADO. Le piden una tarea para la escuela, leer un texto y redactar un comentario, y está seguro de que yo podré ayudarlo porque trabajo, dice él, «de leer y de escribir». Leemos un texto, que es breve. A mi hijo lo desconcierta una frase enigmática: «Todo niño es un adulto desconocido». Confiando en que no será muy arduo explicarle la frase, empiezo a decirle que nadie, viendo a un niño, alcanza a vislumbrar qué clase de adulto será mañana porque un niño es cientos, miles, millones de adultos posibles, exagero ramificando con las manos en el aire, pero a medida que declamo todo eso pienso en Fernán, pienso en casos como el suyo donde resulta imposible imaginar miles de adultos porque el futuro no parece en absoluto borroso, niños casiadultos casiconocidos, y me pongo a pensar, es más, que esa tarde ya lejana en la que vimos a Fangio una serie de adultos desconocidos se murieron en nosotros, como si la larga niñez fuese una ardua versión (a los ojos de todo el mundo) de ese momento crucial y miserable en el que cientos, miles de espermatozoides compiten en una carrera digna de la Fórmula 1: miles de niños posibles, miles de Fangios posibles eludiendo riesgos perpetuos, corriendo desaforados por un éxito que es su vida. Cada uno de ellos, cavilo, un niño desconocido. Un niño que será más tarde un adulto desconocido. Un adulto que será un anciano desconocido. Y todo esto (que es válido en su humana fragilidad, siempre que la muerte o un accidente no metan la cola) me arrastra a tal aturdimiento que, sin venir mucho al caso, me veo argumentándole a mi hijo que la frase de la escuela no es tan clara, que no hay una sola lectura para ella, como no hay ni debe haber jamás una sola lectura para nada, salvo que seamos rigurosos enemigos de las fisuras, y que no está mal contestar a la frase de la escuela con otra de igual vehemencia: «Todo adulto es un niño desconocido».

TRABAJÉ UNOS QUINCE, unos veinte años como periodista. Hice dos mil entrevistas, si no fueron unas tres mil. Soporté con una sonrisa que David Bowie me dijera que una pregunta que acababa de formularle era «idiota» y lo cierto es que tenía toda la razón. Recibí furiosas quejas de Astor Piazzolla, por medio de uno de sus músicos, enfadado por el título que el diario donde yo colaboraba le había puesto a una entrevista que él me había concedido (no era mi culpa ese título bastante amarillento: un editor lo había puesto) y, una semana después, en la mitad de un concierto, sentado en la primera fila (yo había comprado esa entrada como obsequio para mi madre, pero a último momento ella se había sentido enferma y me había propuesto que fuera en su lugar), en la mitad de un solo de bandoneón, Piazzolla me miró airado, con ojos tan llenos de fuego que casi me caigo redondo del asiento, delante de todo el mundo. Soporté la verdad de Bowie y la mirada de Piazzolla gracias, sin duda, a la merienda que ese día nos sirvió Fangio. Soporté más de la cuenta la vida de periodista, más de lo que había imaginado que podría soportar el humo, los nervios, el ruido y el café frío o hervido de las redacciones en aquellos tiempos, lejanos y también cercanos, en los que había redacciones con ruidosas máquinas de escribir, nervios y café, lo soporté convencido y tal vez equivocado, creyendo que era el peaje o el inicio de una especie de camino que conducía a la literatura. Lo soporté, desde luego, por obra y gracia de Fangio, que esa tarde nos confirió su pócima más secreta.

Y, DEL AUTOMOVILISMO ACTUAL, ¿QUÉ PIENSA? Todo se ha vuelto mucho más rápido y todo se hace de manera más veloz. Hoy en día no se rompe casi ningún motor. Se rompen las gomas o los coches se despistan. Ahora, con el efecto suelo, los autos van pegados al pavimento. Yo espero que eso se modifique: que se cambie el efecto suelo y que se pongan gomas un poco más angostas. Entonces los pilotos más expertos y más talentosos tendrán más posibilidades de ganar.

EUGENIO VINO A CASA UNA NOCHE, a una hora algo tardía. Me acuerdo de ese detalle porque estábamos cenando con mis padres, quienes lo hicieron pasar muy preocupados: las dos veces anteriores que él había venido tan tarde, lo había hecho para darnos, de modo indirecto, dos malas noticias. De modo indirecto, digo, porque en uno u otro caso había venido a anunciar que había llamado una tía, una de las dos hermanas de mi madre, pidiendo con premura que la contactáramos y, al devolver la llamada, nos habíamos enterado de que mi abuela había muerto o de que mi tía más vieja, la hermana mayor de mi madre, había sido hospitalizada. Eugenio apareció esa noche, a la temible hora de las malas noticias, pero con otra expresión (eso al menos creí advertir yo: con expresión menos grave) y, en el acto, para espantar toda alarma, sostuvo que traía un mensaje para mí. Un mensaje de «un tal Fernán». Mis padres enfurecieron e intentaron disculparse con Eugenio, que no parecía molesto ni a la caza de disculpas. Mi padre, ante todo, afirmó que eso era lamentable y no se repetiría: mis amigos no tenían derecho a llamadas nocturnas, eso estaba reservado para los adultos en caso de urgencia. Pero peor, mucho peor, hubiese sido el episodio, pienso hoy, si hubiera llamado otro amigo. A los ojos de mis padres, Fernán gozaba de una inmejorable reputación: era mi amigo más serio, el más emprendedor, el más responsable. Un niño modelo, casi, cuya benéfica influencia me guiaba por buenas sendas. Esto hizo que mi madre, a pesar de los rezongos de mi padre, le concediera a Fernán el beneficio de la duda. ¿Tal vez tenía, realmente, urgencia? Eugenio se encogió de hombros y bostezó con la lenta parsimonia que le conocíamos tan bien. Si yo quería ir a su casa para devolver el llamado, él no tenía inconveniente. Debe ser un problema de la revista, dijo Eugenio y, no sé por qué, me guiñó un ojo. Por un instante pensé que mentía. ¿Y si no era Fernán el que me había llamado? ¿Y si, más aún, no existía llamado alguno? Esas preguntas me tomaron por asalto, fugazmente, unos segundos; acto seguido, miré alrededor: mis padres, era evidente en sus rostros, no compartían mis sospechas.

HASTA AYER, HASTA AHORA que escribo estas líneas, Fernán siguió trabajando como periodista y crítico de rock. A veces leo sus artículos, espío su actividad, veo el merecido prestigio y el cariño que cosechó, e imagino que hizo eso, a fin de cuentas, para mostrarme cómo habría sido mi vida si no hubiese abandonado el periodismo, si no me hubiese mudado al país de la ficción. No, desde luego, Fernán nunca me formuló reproches por haber abandonado el periodismo. Tampoco se enojó esa tarde en la que, de pésimo humor, fustigué a los periodistas (más que nada, a los críticos) diciendo que eran personas entregadas a la vana convicción de que habrían hecho, en el caso de haberse dedicado al arte, todo muchísimo mejor que los artistas. No, Fernán no se enojó con mis blasfemias y, años después, se tomó con mucho humor la vez que tuvo que hacerme una entrevista, situación que a mí me puso muy incómodo. Cuando salió publicada dicha entrevista, leí que me presentaba como «periodista y escritor». Le mandé entonces por correo un libro de Adolf P. Brown, *Being a Writer*, con una página especialmente marcada. Decía allí: «De las ocupaciones de los escritores, ninguna más conflictiva que el periodismo. Quienes han ejercido o quienes ejercen las dos tareas quedan signados para siempre y pasan a ser “periodistas y escritores”. Nadie sostiene de Chéjov o de Céline que son “escritores y médicos”. A nadie se le ocurriría presentar a Carlo Gadda como “ingeniero y escritor”. La razón por la cual se emplea “escritor y periodista” es que son los periodistas los que escriben estas cosas y, a su juicio, el periodismo es un trabajo extremadamente importante. Si los diarios estuvieran escritos por vendedores de seguros, leeríamos que Wallace Stevens fue vendedor de seguros y escritor».

SERÍAN LAS NUEVE Y MEDIA o las diez de la noche. Silenciosa, la madre de Eugenio nos abrió la puerta, pero tardé dos o tres segundos en reconocerla. Iba «vestida de entrecasa», sin las ropas ni el maquillaje que la hacían verse más joven. Me pareció, es más, notar en su pelo una diferencia intrigante, como si de día se pusiera una peluca. Llamé a Fernán. La primera vez dio ocupado. Dejé pasar un minuto. Desde la habitación contigua tronaba el televisor. Volví a llamar y me atendió su padre, que reaccionó con cierta alarma, salvo que esa alarma fuese una manera indirecta de decirme que era tarde para llamar a su casa. Si no expliqué que Fernán había llamado, fue porque él no me dio tiempo. Fernán, me dijo, acababa de acostarse, pero tenía la costumbre de leer un rato en la cama. ¡Fernán!, gritó, ¡Fernán, te llaman por teléfono! Fernán apareció enseguida. Me había llamado, en efecto, había molestado a Eugenio porque había dado, tras mucho meditar, con el regalo perfecto para Fangio: el disco de George; en fin, no el larga duración que él y yo conocíamos y teníamos, sino el *single*, un disco simple con «Faster», cuya edición especial Fernán había visto esa tarde en nuestra amada disquería El Agujerito y, por supuesto, había comprado no sabía aún si para él o para regalarle a Fangio, era una preciosa edición con las fotos de unos cuantos pilotos de Fórmula 1, entre ellos, no podía faltar, nuestro insigne entrevistado. Ni loco, dije, ni loco te desprenderás del disco. La idea es muy buena, añadí, solo hay que conseguir ahora un *single* igual para Fangio.

NO RECUERDO LOS DETALLES de la búsqueda del disco. Me parece, a grandes rasgos, que fuimos a El Agujerito y a cinco disquerías más en busca del *single* de George y que en todas nos informaron lo mismo: no quedaban ejemplares, habían hecho en Inglaterra una tirada reducida, una edición para coleccionistas, y el ejemplar ilustrado se estaba volviendo deprisa (en consonancia con el título de la canción) una pieza de valor. No recuerdo si fui yo o si fue el propio Fernán el primero que le echó al *single* una mirada llena de resignación y propuso dárselo a Fangio. Era una decisión fácil para mí, pero ardua para Fernán: él debía desprenderse de su tesoro. Recuerdo mal cómo zanjamos el asunto. Recuerdo, eso sí, que él estaba al borde de las lágrimas y que yo dije, con palabras más simples, más infantiles, que el gesto lo ennoblecía.

DESPUÉS DE QUE LE MANDÉ el libro de Adolf P. Brown, Fernán me dejó de hablar por unos dos o tres meses, pero hicimos las paces a nuestro modo. A nuestro modo y por intermedio de George. Con la excusa de que había escrito un artículo sobre George (o, mejor dicho, un artículo sobre la madre de George), Fernán me mandó un email que fue una pipa de la paz, lo cual, comprendí más tarde, era lo mejor que podría haber hecho. Acabé reconociendo que me había excedido con mis ataques al periodismo, al que le debo tantas cosas. Acabé reconociendo que me formé con el periodismo, de igual modo que muchos de los que sueñan con escribir (escribir ficción, novelas, cuentos) se forman con la traducción: en ambos casos se trata de nutrirse de los otros y encontrarse, de hallar nuestro ritmo y nuestra respiración parafraseando a los demás, a sabiendas de que no existe una sola forma de hacerlo pues traducir o transcribir son apenas dos disfraces elegantes de la traición. Terminé por admitir, en otro orden de cosas, que el artículo de Fernán era muy interesante. No sé cómo (con Fernán nunca se saben estas cosas), él había logrado entrevistar a una mujer llamada Kate, quien llegó a ser bastante amiga de la madre de George y acababa de lanzar un libro consagrado a ella. La tal Kate, cuando tenía catorce años, le había escrito una carta de amor a George, que entonces debía recibir cien cartas de amor por día. De algún modo, más o menos inconfesable, había obtenido la dirección de la familia Harrison y había osado enviar un mensaje donde decía, por ejemplo: «Los demás Beatles, en serio, no te llegan a los tobillos». Un par de meses después de despachar esa carta, Kate recibió un enorme sobre proveniente de 174 Market Lane, Liverpool. No podía ser sino George, pensó mientras apretaba las rodillas. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula al leer que era la madre, la señora Harrison, quien le escribía. A la madre de George la intrigaba algo: deseaba saber si Kate era pariente de una escritora apellidada Valenti. A la señora Louise Harrison le fascinaban las novelas policiales de la madre de Kate: Astrid Valenti. Desde luego, Kate respondió con un libro autografiado por su madre y Louise Harrison le envió, en más de una oportunidad, objetos personales del famoso George. «Mi madre nunca le

escribió a la madre de George y George nunca me escribió a mí», le contó Kate a Fernán, pero Kate publicó un libro consagrado a Louise Harrison, a quien conoció muy bien. En ese libro se cuenta, por ejemplo, que Louise ayudó a su hijo a escribir la letra de «Something». Ella es la autora, si le creemos a Kate, del famoso verso que dice al final «... no other lover» porque George no sabía bien qué poner después de «attracts me like...». Me atrae, me atrae... ¿como qué? *Mother should know.*

MI MADRE RECIBIÓ LA MISIÓN de comprar un papel elegante para envolver el disco *single*. Exagerando las cosas, apareció al día siguiente con un papel colorido (más bien navideño y sin flores, por fortuna, como habíamos pedido: «nada de papel florido, nada que sea color rosa») y con un moño violeta que debíamos adherir o abrochar sobre el paquete. El paquete se compuso, finalmente, del último número de la revista, del disco de George (de Fernán) que parecía impoluto, aunque era usado, y de un sobre que añadimos a último momento, un sobre en el que incluimos una nota que decía «Gracias», solo eso, y nuestras firmas debajo, después de haber descartado ciertos textos más abstrusos y otros de dudoso gusto, como «Muchas gracias, campeón».

PODRÍAMOS HABER ELEGIDO algún feriado, otro feriado, para llevar el regalo. No lo hicimos, creo saber, porque no había ninguno en el horizonte y porque nos resultaba una obviedad. Fuimos un martes por la tarde, lo recuerdo a la perfección, aprovechando que Fernán salía más temprano los martes de la escuela. Se aproximaba el verano de 1980, reinaba el sol, no llovía como la otra vez. El viaje se me hizo más corto. Notablemente más corto. Supongo que a Fangio le pasaba lo mismo cuando volvía a un circuito en el que había corrido. Como si, en definitiva, se tratase de carreras contra él mismo: de ser más veloz que antes o de tener, al menos, la impresión de serlo. Aunque el viaje se me hizo más veloz, esta vez llegamos tarde. Nos recibió el secretario, con esa afabilidad que era más que profesional, y nos anunció que Fangio no se encontraba en la agencia. No recuerdo si acababa de marcharse, si se había tomado libre ese día martes o si, como le ocurría regularmente, había salido de viaje al interior del país o al extranjero por negocios o, mejor, a recibir un enésimo homenaje. En cuanto vio el moño violeta algo arrugado por el trajín y el paquete que se extendía como a los pies del gran moño, el secretario nos dijo que dejáramos aquello en el despacho de Fangio y, alargando la mano izquierda como un mayordomo de antaño, nos señaló un camino que recordábamos muy bien. Ausente Fangio, pude examinar con mayor atención al secretario y noté que era más joven de lo que nos había parecido aquella tarde de lluvia: un secretario de unos treinta y cinco años, como mucho; un secretario que se dejaba observar, me veo incitado a decir, perfectamente consciente de que se volvía más visible cuando el legendario jefe no rondaba. Me pregunto si el secretario nos propuso entrar allí (en el sagrado recinto que hoy, cuarenta años después, aparece reproducido en el Museo Fangio, en Balcarce) para hacerse el importante o con otras intenciones. Tal vez lo hizo para dejarnos tranquilos y despejar nuestras dudas (nuestro regalo llegaría a buenas manos), para obsequiarnos una segunda visita a los cuarteles centrales o, ante todo, para probarnos que había dicho la verdad y Fangio no estaba presente. El gesto nos resultó tan innecesario que hoy me pregunto si, acaso, no era él quien

deseaba entrar, quien necesitaba una buena razón para estar allí, y nosotros se la estábamos brindando.

UN DÍA ME LLEGÓ UNA CARTA. Hacía mucho que Fernán no me daba alguna señal. Con el tiempo descubrimos que podemos pasar meses o hasta un año sin hablarnos y que eso no cambia nada: en cuanto nos reencontramos vuelve a ocurrir, con variantes, la escena de nuestra primera charla en el bus escolar. Es decir que retomamos una charla nunca empezada y jamás interrumpida. Eso volví a sentir el día en que me llegó aquella carta: una pequeña tarjeta casi cuadrada, donde Fernán me escribió: «Verás que me quedé pensando todo este tiempo, pensando... Creo que es usual que se ponga “periodista y escritor” porque son dos profesiones que suelen ir de la mano, como el caso de dos amigos que se entienden de maravillas y que tienen una sensibilidad muy parecida, a pesar de que sus metas no coincidan totalmente».

FERNÁN Y YO DEJAMOS DE FIRMAR a dúo, o sea, de trabajar juntos y de planear nuestra vida profesional como una sola persona (aunque nunca fue para tanto, la imagen es extrema) cuando cumplimos veintitrés o quizá veinticuatro años. Todo ocurrió tan deprisa que, en el momento de tomar esa resolución, una década había pasado desde nuestra tarde con Fangio. Fue Fernán el primero de los dos que se puso de novio y el primero que se marchó de la casa de los padres. Yo lo hice un año más tarde y, lo mismo que Fernán, no fue una mudanza total: me alquilé un pequeño monoambiente de, recuerdo todavía, veintiocho metros cuadrados y dejé muchos objetos en la casa de mis padres. Una tarde, en esos tiempos en que saboreábamos el inédito privilegio de vivir solos en el centro, a pasos de aquellos cines, disquerías, librerías y cafés que nos excitaban tanto, una tarde debatimos con Fernán acerca de esto. En casa de nuestros padres, dije yo o dijo él, seguíamos contando con una habitación que era una suerte de red de seguridad, no solo para nosotros sino para nuestros padres que no habían querido ni podido dismantelar eso. Allí quedaban, por ejemplo, juguetes de nuestra infancia y huellas de la adolescencia. Allí estaban, entre múltiples objetos, las revistas —*nuestras* revistas— que ninguno de los dos, como en un tácito acuerdo, había trasladado a su nueva casa. Lo más asombroso de todo era, a mi juicio, el parecido entre mi monoambiente y la habitación que conservaba en la casa de mis padres. Sin darme demasiada cuenta, había dispuesto los muebles de una forma idéntica: la cama, la biblioteca, los discos, la ropa, todo, todo remedaba la cama, la biblioteca, los discos, la ropa que había en mi hogar paterno, salvo que mi monoambiente era una versión madura (esforzadamente madura, puedo decir) de mi antigua habitación. Una doble vida en el tiempo. Una suerte de museo propio. Con Fernán bromeábamos que nos faltaban asignaturas para la «emancipación». Ya teníamos casa propia, ya ganábamos un sueldo con el que comprar comida o ropa o libros o discos y pagar el alquiler de nuestro techo, pero existía esa red, ese tejido elástico de emergencia, esa otra habitación que volvía algo relativa nuestra audacia.

LLEVO UNOS DÍAS ESPERANDO la respuesta de Fernán a mi último mensaje. El jueves pasado le dieron un premio bastante importante, un premio a su trayectoria. He escrito un email para felicitarlo, para contarle que me siento tan contento como si yo hubiese sido el ganador. Pero, en verdad, me siento más orgulloso que si hubiese ganado yo porque, en su caso, sé que el premio es merecido, mientras que yo no podría aceptar ningún premio sin sentirme un impostor.

ESTÁBAMOS POR RETIRARNOS de la agencia de la calle Montes de Oca cuando Fernán hizo algo que podría haber hecho yo: le comentó al secretario que no estábamos seguros de que a Fangio fuera a gustarle el regalo, ¿qué tal si él lo examinaba y nos decía su parecer? Para ello, desde luego, había que abrir el paquete. Mi madre nos había enseñado un subterfugio para abrirlo, para sacarlo y luego guardarlo otra vez, como si nada. El secretario no dudó. Le agradaba, pienso hoy, la importancia que le habíamos otorgado. Le divertía, por supuesto, el candor de nuestra nerviosa pregunta y estaba deseoso de ver qué había bajo aquel amplio moño violeta. Entreabrí el paquete lo mejor que pude, pero el truco de mi madre no funcionó y la cinta arrancó un pedazo de papel. El secretario le prestó poca atención al percance y alzó las cejas, me acuerdo, cuando vio el disco. Le va a gustar, claro que sí, nos respondió velozmente, antes de haber tenido tiempo para entender qué era eso (no un disco cualquiera, no, sino un *picture disc*, así se le decía) o para evaluar si a Fangio podía interesarle la cosa. Con todo, Fernán y yo vimos que, después de la primera respuesta, que había sido una reacción de diplomacia, el secretario estudiaba con mayor atención el disco. Era obvio que los Beatles no lo apasionaban. Miraba el nombre de George como si vagamente le dijera algo. De pronto, hubo en su rostro un centelleo de aprobación y repitió, sin diplomacia, con certeza: sí, señor, le va a gustar, claro que sí. Yo estiré una mano reclamando el disco que sus dedos no dejaban de manosear y, coincidente con mi gesto, el secretario hizo un agudo comentario que nos convenció en el acto de nuestra buena elección. En el disco había una serie de retratos de campeones de Fórmula 1, tal vez los ídolos de nuestro ídolo George. Los retratos estaban dispuestos en forma circular y, aunque el disco podía observarse de mil modos pues no había una parte cabalmente superior ni una parte inferior, era lo escrito en el centro, el nombre de George y el título, «Faster», lo que establecía una especie de lectura oficial. Una horizontalidad. De esta manera, con las letras en postura horizontal, en la cumbre emergía Fangio, lo cual ya habíamos notado y comentado con Fernán. Lo que no habíamos advertido, sin embargo, era un

detalle que no escapó al secretario: si bien junto a cada imagen podía leerse Stirling Moss, Jackie Stewart, Jochen Rindt y los nombres de otros antiguos campeones, arriba de todo, en la cima, no decía Juan Manuel Fangio. Decía Fangio. Simplemente. Fernán y yo nos quedamos esperando que el secretario explicara qué importancia o simbolismo encerraba aquel detalle. No ocurrió nada de eso. El secretario sonrió, muy dichoso, y empezó a frotarse las manos como si hubiese resuelto un misterio muy intrincado.



Stirling Moss

Fangio

Emerson Fittipaldi

Jackie Stewart

Niki Lauda

Judy Schuchter

FASTER

Jochen Rindt

Graham Hill

Jim Clark

FERNÁN DECÍA ENTONCES que «Faster» hablaba también del tiempo. Que nadie sabe ni entiende cómo hace el tiempo para ser el más rápido de todos, lo más rápido de todo. En síntesis, Fernán leía la letra de la canción «Faster» como un desprendimiento o una resonancia de esa otra canción de George, «All Things Must Pass», en especial de aquella frase que afirmaba y, a pesar de los años, sigue afirmando, abrir y cerrar comillas, ninguna de las cuerdas de la vida va a durar por siempre. O tal vez Fernán no pensaba ni decía nada de eso y que «el tiempo es veloz» lo sostengo ahora porque me viene a medida y me calza como un guante, como un guante de piloto de Fórmula 1, para darle peso o espesor al título que debería ponerle a este asunto lleno de efes (Fangio, Fernán, Fittipaldi), este asunto que habla, claro, de la carrera del tiempo, de las vueltas cada vez más rápidas de la vida y de una idea que me obsesiona desde que tengo memoria, otro lugar bastante común, no lo niego: ese momento en que el tiempo se desboca como un bólido y, por mucho que pataleemos, por mucho que busquemos frenar su arrebató con el cuerpo, con el cuello, con las manos, con los pies, no, no hay pedales, no hay palancas, no hay nada que lo detenga, salvo quizá (exagero para darle algo de peso y espesor a esta tarea que cumplo y necesito cumplir para sentirme más vivo), salvo quizá el rito de la escritura. Ese rito y esa ilusión de estar fuera y dentro del tiempo a la vez.

HACE SIETE U OCHO MESES me encontré con un amigo de la infancia, un excompañero de escuela que me contó que el Bujía vive desde hace una década en Brasil. En São Paulo, por supuesto. He pensado en contactarlo, en hacer retroceder las agujas del reloj, pero no estoy convencido de que sea una buena idea. *All things must pass*, ¿no es verdad? En esa vieja entrevista que el periodista argentino hizo en la playa de São Paulo con ayuda de Fittipaldi, George responde a la pregunta del millón (¿los Beatles van a regresar?) con una salida admirable. Es el pasado, asegura. Para qué volver atrás. Sería como vivir de nuevo en la casa de nuestros padres después de haber madurado.

«CUANDO UN COCHE FUNCIONA BIEN, cuando el motor suena de manera armoniosa, el ruido se transforma en música y el piloto es como un director de orquesta.» Lo podría haber dicho George, cuando el periodista argentino le preguntó por los coches. Lo dijo Fangio en más de una oportunidad.

EL MÁS VELOZ DE TODOS, *faster*, lo más deprisa posible, *faster*, *faster*, muy rápidamente, *faster*, a la mayor velocidad que pueda concebirse, *faster*, en un abrir y cerrar de ojos, velozmente, *faster*, *faster*, a toda prisa, *faster*, con urgencia, *faster*, como un rayo, como un bólido, como una bala, *faster*, lo más apresuradamente, lo más precipitadamente, *faster*, *faster*, a todo andar, enseguida, con rapidez, *faster*, *faster*, un maestro del vértigo, *faster*, como una flecha, *faster*, *faster*, rápido, muy rápido, el más rápido, *faster*, *faster*.

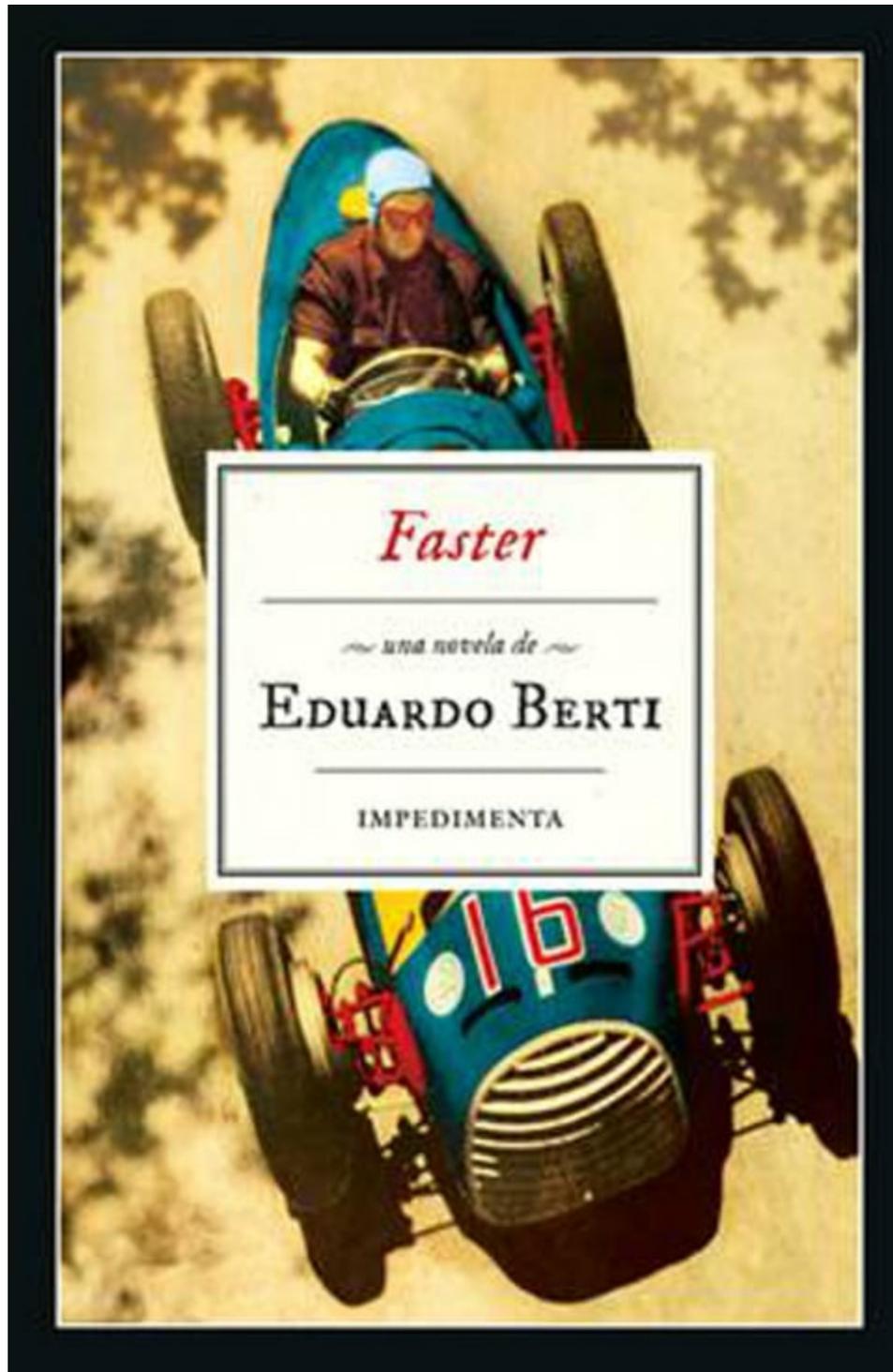
NO RECUERDO CON CERTEZA cómo reaccioné a la noticia de la muerte de Fangio, en 1995, tres años después de la muerte de mi madre, mucho más joven que él, cinco años antes del fallecimiento de mi padre, en cierto aspecto un copiloto de generación. Recuerdo con mayor claridad la tristeza que sentí cuando Schumacher ganó el sexto campeonato; tristeza, debo aclarar, que nada tuvo que ver con el duelo orgullosamente chauvinista de un puñado de compatriotas, sino con la triste impresión de que eso significaba la muerte genuina de Fangio. Tiempo después, en el cine, viendo una película húngara o rumana, tropecé con una escena muy graciosa en la que un personaje le gritaba a otro «cuidado, Fangio», a manera de adjetivo o sustantivo, y tuve que desdecirme. ¿Existe más inmortalidad que convertirse en palabra, en expresión popular en todo el mundo? Lamento no haberle preguntado esa tarde qué sentía cuando empleaban su apellido a modo de epíteto.

MI HIJO NO PUEDE DORMIR. Hace muchísimo calor, no corre una gota de aire y todo eso causa insomnio. Me lo encuentro en la cocina donde ha ido, como yo, en busca de un poco de agua. Nos ponemos a conversar en voz baja, susurrando, porque son como las tres de la mañana. Desde hace unos días, me cuenta, se pregunta cuál de sus muchos amigos del presente será el gran amigo de toda la vida. Porque es así, ¿no es verdad? Un gran amigo para toda la vida. Le respondo que no lo sé, que acaso ninguno de ellos, que quizá conozca mañana o dentro de algunos meses al que será el gran aliado, el gran cómplice en su vida, si es que tiene que haber realmente uno solo, como a él le gusta pensar, pero ante todo pregonó que sería ingrato tener esa respuesta de antemano porque uno entonces actuaría condicionado, a sabiendas de que debe alimentar más una amistad que otra, a sabiendas de que debe confiar más en una amistad que en otra, cuando acaso lo mejor de estas alianzas es que se erigen a ciegas. Que estallan en momentos muy inesperados y, casi siempre, contra nuestra voluntad. Igual que las vocaciones: como si algo nos eligiese a nosotros.

ACABO DE RECIBIR UN LARGO EMAIL de Fernán. O, en todo caso, un email más largo que lo habitual. Hace cuatro días que no concilia el sueño. Todo por culpa de la ola de calor. Anoche se despertó, fue en busca de un poco de agua, se sentó en medio de la penumbra de su cocina y, de manera súbita, vaya uno a entender por qué, recordó minuto a minuto, gesto a gesto, aquella tarde con Fangio. Fue como ver de nuevo una película que resultó importante hace ya tiempo. Fue como si aquella tarde en la calle Montes de Oca y todo lo que la rodeó, lo previo y lo posterior, hubiese existido con la finalidad de convertirse en una suerte de recuerdo literario o de sueño cinematográfico de medianoche. Termina su email Fernán diciendo que no me contará su recuerdo. No quiere interferir de ningún modo en mi rememoración. No quiere leer su recuerdo cuando llegue a leer el mío. Quiere leer lo que yo creo o aseguro recordar. Quiere ver lo que yo invento. Quiere ver las diferencias, que siempre son relevantes, entre libro y película. Quiere sorprenderse, dice, al leer qué nombre le he puesto; sabe que no uso su nombre verdadero, pero ignora que he elegido rebautizarlo Fernán. Yo también quiero que sea así. Yo también.

¿QUIERE AGREGAR UNAS PALABRAS, señor Fangio? No, nada. Nada... Solamente agradecerles la entrevista y desearles mucha suerte en el futuro. Con el periodismo o con lo que ustedes decidan hacer.

FASTER



Buenos Aires, finales de los setenta. Dos adolescentes apasionados por los Beatles viajan a las afueras de la ciudad, rumbo a un concesionario de la Mercedes. Buscan, al gran mito de la Fórmula 1: Juan Manuel Fangio. Ese día cambiará por siempre sus vidas. Desenfadada crónica personal,

autobiografía fragmentaria, «Faster» es un compendio de breves episodios en los que Fangio y los Beatles actúan como detonadores y el «recuerdo» se coloca en el centro de la diana. Siguiendo la estela de Perec, Berti se entrega a un minucioso ejercicio de memoria que lo lleva a hablar sobre la velocidad de las carreras y de la vida, sobre la amistad y la idolatría, desplegando una red de recuerdos, falsamente desordenados, para forjar un relato lleno de frescura sobre el paso de la niñez a la vida adulta.

Eduardo Berti nació en Buenos Aires en noviembre de 1964. Novelista, traductor, autor de libros de cuentos, entre su producción se encuentran títulos como *La mujer de Wakefield*, finalista del premio Fémina, *La vida imposible* (2002), premio Libralire-Fernando Aguirre, *Todos los Funes* (2004), finalista del Premio Herralde, y considerada por el TLS uno de los mejores libros de ese año, o *El país imaginado*, Premio Las Américas de Novela. En 2016 publicó en Impedimenta su novela *Un padre extranjero*. Desde 2014 es miembro del grupo Oulipo. Actualmente vive y trabaja en Burdeos.